

La Revolución Mitrista y la trágica muerte del cacique Cipriano Catriel (Olavarría 1874). Un aporte documental

JUAN GUILLERMO DURÁN

UCA / ANH

juanguillermoduran@speedy.com.ar

RESUMEN

El presente trabajo se propone analizar y reconstruir las características y particulares las vinculaciones socio-políticas del conflicto ocasionado por el alzamiento mitrista de 1874 con la actuación indígena en la frontera bonaerense dirigida por el cacique Cipriano Catriel.

PALABRAS CLAVES

Bartolomé Mitre – Cipriano Catriel – Revolución de 1874

ABSTRACT

The current paper is set to analyze and reconstruct the characteristics and the certain sociopolitical links of the conflict done by the uprising of Mitre's candidates in 1874 with the natives intervention in the Buenos Aires border leaded by the cacique Cipriano Catriel.

KEYWORDS

Bartolomé Mitre – Cipriano Catriel – Revolution de 1874

INTRODUCCIÓN

La trágica historia que nos proponemos reconstruir nos lleva a ubicarnos en la zona de Azul y Olavarría, allá por 1874, cuando el primero no era más que una pequeña población fronteriza, y el segundo no pasaba de ser un incipiente caserío, al borde del famoso “camino de los chilenos”, por donde se iban las haciendas y los cautivos robados por los malones provenientes de las tolderías del cacique Juan Calfucurá, afincado por entonces en Salinas Grandes, en las inmediaciones de la localidad pampeana de Macachín. Política de presión ante el Estado de Buenos Aires que continuó poniendo en práctica su hijo, Manuel Namuncurá, padre del hoy beato Ceferino Namuncurá, hasta 1876, cuando el ejército hizo pie en Carhué, alejando así el continuo peligro que se cernía sobre las poblaciones y estancias fronterizas.

Desde la fundación del Fuerte de Azul, en 1832, se radicaron en los alrededores un grupo de indios mansos o amigos, puestos bajo la autoridad directa de la fuerza militar local, viviendo con sus familias en calidad de “acantonados”, a cambio de prestar servicios de vigilancia sobre el desierto circundante y facilitar los enlaces necesarios con las tribus vecinas, incluso las más lejanas. A ellos se agregaron de inmediato los “catrieleros”¹, instalados definitivamente junto con otros pampas en los campos que les asignara el gobernador Juan Manuel de Rosas, ubicados entre el Azul y el Cantón de Tapalqué (Viejo), en un paraje muy fértil, quebrado y pintoresco, a poco más de 60 leguas de Buenos Aires. De esta manera Rosas daba comienzo a la política de captación de voluntades, que contribuyó a configurar la fisonomía propia de las llamadas tribus mansas o tribus amigas, incluida la cuestión del asentamiento definitivo, que les traía a los caciques el beneficio inmediato de la protección del

¹ En cuanto a su procedencia étnica las opiniones difieren. Algunos autores sostienen el origen araucano (Eliseo A. Tello, José Arenas), mientras que otros (Rodolfo Casamiquela, Meinrado Hux y Alberto Sarramone) afirman la ascendencia pampeana (prearaucano, pampa, gүнүna-küne, tehuelche septentrional o puelche). Si bien debe admitirse que la tribu quedó sometida, como todas las de la época, a un fuerte proceso de araucanización en lo referente a la lengua y costumbres.

gobierno de Buenos Aires, quien les dispensaba amistad, tranquilidad y subsistencia².

El fundador de la dinastía catrielera fue Juan Catriel (III), “El Viejo” (*Vuta Catriel*= viejo, padre), llamado con el título de “cacique mayor”: guerrero famoso, amigo de los cristianos y astuto diplomático³. A su muerte, en 1848, lo sucedió su hijo Juan Catriel (IV), oficial de la tribu, con el título de “cacique principal”. Conoció también la amistad de Rosas, lo acompañó en la Campaña al Desierto de 1833 y estuvo a su lado contra Urquiza en la batalla de Caseros, junto con el coronel Pedro Rosas y Belgrano. Abandonando el campo de batalla cuando lo hizo el general A. Pacheco. Después de la derrota se volvió con su tropa a los toldos azuleños, siendo reconciliado con Urquiza por el coronel Hilario Lagos.

Tuvo tres esposas, pero se conoce sólo el nombre de una: doña Juana Sosa, de la cual le nacieron, entre otros, tres hijos varones que luego adquirirían notoriedad: Juan José (1830-1910), Marcelino (1831-1916) y Cipriano (1836-1874), que con el correr de los años se verían repentinamente envueltos en el suceso que nos ocupa, si bien a diverso título. El primero como instigador directo del asesinato del hermano (fratricidio), el segundo como partícipe en el hecho, pues no manifestó oposición alguna, al menos conocida, y el tercero convertido en víctima de aquella incontenible iracundia tribal, junto con su fiel secretario y lenguaraz Santiago Avendaño, a la que se sumó la complicidad de los jefes militares que no intervinieron para evitar el ajusticiamiento por mano propia.

² ANTONIO GARRETÓN, *Escritos, comunicaciones y discursos del coronel Juan Antonio Garretón, publicados en la prensa de Buenos Aires, desde 1819 a 1852, con el diario de marchas de la Expedición al Desierto en 1833*, Buenos Aires, Araujo, 1975, nota 26, pp. 49-50.

³ Sobre la historia de esta dinastía, véase, MEINRADO HUX, *Caciques Puelches, Pampas y Serranos*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2003, pp. 107-208; CLAUDIO E. AQUERRETA, *Los Caciques Catriel*, Buenos Aires, ed. autor, 1976; ALBERTO SARRAMONE, *Catriel y los Indios Pampas de Buenos Aires*, Azul, Biblios, 1993; GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *La dinastía de los Catriel*, en “Todo es Historia, N° 91, Buenos Aires 1974; y GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *San Cipriano Catriel. Cacique y Mártir*, en “Todo es Historia, N° 106, Buenos Aires, 1976.

MARIÑACÚ ASUME EL CACICAZGO CATRIELERO

Por aquellos años la tribu de los catrieles había abandonado el antiguo emplazamiento de Azul-Tapalqué, afincándose con sus familias y haciendas, desde 1857, en campos próximos a los arroyos Nievas, Tapalquén y Azul, a la altura del Cerro Negro, unas dos mil leguas cuadradas de feraces tierras, sin duda las mejores de la frontera sur. De este lugar ya no se movieron, al menos el grueso de la tribu, manteniendo siempre la propiedad del territorio que se les había asignado desde los tiempos de Rosas, a unas cinco leguas de Azul, en el camino que unía esta población con la de Olavarría⁴.

Hacia 1870, la población de la tribu ascendía a unas cuatro mil personas y contaba con unas mil quinientas lanzas, agrupada en dos tolderías. La rural o de campaña, en la zona del arroyo Nievas, donde vivía el grueso de la tribu, en precarios toldos, según la usanza del desierto, contando sólo el cacique y algunos capitanejos con ranchos de paredes de adobe o chorizo; y la urbana, en la periferia de Azul, que reunía a un grupo de indios más inculturados, en número aproximado de 300 familias, a modo de barrio disperso, pasando el puente, a la otra orilla del arroyo Azul, junto al camino que partía rumbo a Tapalqué, llamada desde aquella época Villa Fidelidad⁵.

⁴ Véase, BARTOLOMÉ J. RONCO, *Toponimia Histórica del Azul*, en “Diario el Pueblo”, Azul, 16 de junio de 1950; y “El Tiempo”, Azul, 28 de julio de 1996.

⁵ La Villa fue fundada por el general Manuel de Escalada, mientras se desempeñaba como comandante en jefe de la frontera sud, en 1857, quien tuvo la certera impresión que resultaría imposible alcanzar la pacificación de la tribu con el empleo del simple recurso a la permanente ofensiva militar, tal como lo habían practicado sus antecesores en el cargo. A su entender la vía más efectiva era poner de nuevo en práctica la vieja diplomacia con los caciques, para así alcanzar la firma de nuevos convenios o tratados que viniera a fortalecer la paz fronteriza. Mediante pacientes negociaciones, encabezadas por el coronel Ignacio Rivas, logró que los caciques Juan Catriel y Cachul, asentados por entonces en los campos de Guaminí, se sometieran al gobierno de Buenos Aires, regresando a sus antiguos dominios de los arroyos Nievas, Azul y Tapalqué. Como complemento de su política pacifista, Escalada creyó oportuno promover la civilización de los indígenas mediante la instalación de un asentamiento permanente, a las puertas mismas de Azul, como medio de facilitar paulatinamente la integración de éstos con los pobladores del lugar. Fue así que el 18 de octubre de 1856, quedó fundado el agrupamiento indígena denominado “Villa Fidelidad”, que reunía capitanejos y gente de los caciques Catriel, Maicá Y Cachul, principalmente del primero de los nombrados,

EL NUEVO CACIQUE

Cipriano Catriel, tercer hijo del cacique mayor Juan Catriel, nació en el año 1837, tal vez de cautiva blanca, en los pagos de Tapalqué, siendo bautizado, al parecer, en la parroquia de Azul⁶. El verdadero nombre indio de Cipriano Catriel, era *Mariñancú*, que significa “10 águilas” [o aguilu-chos]”. En su juventud, bajo la guía experimentada de su padre, se desempeñó como embajador en Buenos Aires, Paraná y Salinas Grandes. El ejercicio de estas funciones diplomáticas indicaba en él una particular dotación intelectual y sagacidad para moverse entre los cristianos. Cualidades que bien pueden explicar su particular actuación pacificadora en la tribu, su condición de estanciero y sus fuertes lazos sociales y comerciales con la población del Azul. De esta fuerte tendencia civilizadora dio probadas muestras durante los ocho años de su cacicazgo. Al igual que de su capacidad de gobierno, su firmeza de carácter y su férrea disposición para sostener las modernas normas de vida introducidas por su padre en el seno de la tribu. Él se consideraba indio argentino; y servidor leal del gobierno, como antes lo había sido su progenitor con Rauch y Rosas.

Si se presta atención a la tradición sucesoria, a Juan José Catriel, por ser el mayor de los tres primeros hermanos (concebidos por esposa legítima o favorita), le correspondía heredar el cacicazgo; y después de él, a Marcelino Catriel. Cosa que no ocurrió en ninguno de los dos casos. En orden a buscar alguna razón que explique el hecho, cabe recordar que según las declaraciones formuladas por Juana Gallardo en 1923, viuda de Juan José, que residía en el paraje Santa Luisa, partido de Olavarría, a él le correspondía por derecho ejercer el cargo; y declinó hacerlo en su momento porque prefería dedicarse a cuidar la numerosa hacienda que poseía. Pero de inmediato añade, como para dejar expresa constancia:

recibiendo todos ellos solares en propiedad. El nombre deriva del hecho del sometimiento de las tribus, que en la mente de Escalda incluía este regalo, a modo de reconocimiento por el paso dado. Lamentablemente la Villa no tuvo futuro provisorio, encontrándose hacia 1874 en estado calamitoso. Véase, BARTOLOMÉ J. RONCO, *El General Manuel de Escalada y la fundación de la Villa Fidelidad*, en: “Cuadernos del Azul”, Biblioteca Popular, Azul, 1944.

⁶MEINRADO HUX, *op.cit.*, pp. 91-108 (Catriel V).

que “siempre ambicionó la jefatura, porque la consideraba algo inherente a su persona”⁷. Este argumento, como veremos más adelante, debe ser tenido en cuenta al instante de explicar el asesinato de Cipriano Catriel.

CIPRIANO, HOMBRE DE DOS MUNDOS

Estanislao S. Zeballos, que lo conoció personalmente a Cipriano, dice de él: “El viejo Catriel, muerto en su reducción de [Arroyo] Nievas hace un año [1866] dejó el mando de las tribus a su hijo Cipriano, uno de los indios más arrogantes, hermosos y de salvaje continente que he conocido. Era, sin embargo, un fanático por las cosas cristianas. Tenía casa propia en el Azul y flagelaba a la tribu por inducirla en los rumbos de la civilización. Aspiró mucho tiempo al empleo de general de la Nación, y el gobierno de Sarmiento le dio un nombramiento mistificado: *cacique general*. Vestía por eso el uniforme de general de división, y lo llevó siempre dignamente, pagándolo en [la batalla de] San Carlos [de Bolívar], de una manera heroica y decisiva”⁸.

Para conocer la fisonomía de Catriel contamos con una fuente privilegiada, el relato del viajero y médico francés Henry Armaignac, que en su paso por Azul, en 1870, tuvo la oportunidad de visitarlo en dos oportunidades en los toldos de Nievas, acompañado por Santiago Avendaño, quien se encargó de concertar la entrevista en calidad de secretario y lenguaraz del cacique⁹.

⁷ En cuanto a la renuncia, GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, señala: “En realidad, ateniéndonos a una serie de antecedentes, lo sucedido es que Juan José se niega a asumir la responsabilidad de ponerse a la cabeza de los catrieleros para no verse obligado a cumplir los compromisos contraidos por su progenitor con los cristianos, hacia los cuales sentía profunda aversión. O bien quedaba descartado debido a ese mismo motivo por decisión de una mayoría partidaria de seguir la política de su padre en el mantenimiento de las buenas relaciones con las autoridades y la cristiandad”. Y agrega: “En cuanto a Marcelino, supuestamente el segundo en la línea sucesoria, se deduce que no reunía las prendas esenciales que debían adornar a un apogülmen [cacique, jefe] de los pampas tapalqueneros”. GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *San Cipriano Catriel... op.cit.*, p. 40.

⁸ *Calfucurá y la Dinastía de los Piedra*, Buenos Aires, 1961, p. 141.

⁹ *Voyages dans les Pampas de la République Argentine* (Tours, Francia, 1883), trad. *Viajes por las Pampas Argentinas. Cacerías en el Quequén Grande y otras andanzas, 1869-1874*, Buenos Aires, 1974.

Una vez que Armaignac se internó en las tolderías se hizo realidad su deseo de “ver a los indios en sus propias tierras”. De inmediato encontró indios a caballo, armados con largas lanzas, que le salían al encuentro; divisó los primeros toldos, donde las indias se ocupaban de diversas tareas (cocinar, coser, tejer), rodeadas de niños y perros; más allá presenció un entierro pampa; y, por último, él y su acompañante quedaron en presencia del cacique Cipriano Catriel, quien los recibió con suma cortesía, invitándolos a almorzar, dispuesto a charlar y disfrutar de la visita¹⁰. Del relato espiguemos algunos fragmentos que nos permitan conocer de cerca al cacique, su vivienda y el desarrollo de la entrevista, de la cual quedaron muy complacidos ambos interlocutores, gracias a los buenos servicios de Avendaño:

[El retrato] Pronto vi acercarse a nosotros un hombre de alta estatura y de una extrema obesidad. Representaba unos treinta años y estaba vestido como los gauchos, con poncho, chiripá y botas de cuero; llevaba la cabeza atada con un pañuelo que sujetaba su espesa cabellera; su cara era lampiña y su triple papada caía hacia su enorme abdomen. Era Catriel en persona, pues en su corte no había ni edecanes, ni maestros de ceremonias, ni mujeres, y las audiencias casi siempre tenían lugar junto al fogón de su cocina, tomando numerosos mates. Como nos esperaba, no pareció sorprendido al vernos y nos tendió afectuosamente la mano.

[La vivienda] El rancho era de un aspecto muy mediocre, constaba de una sola habitación que servía de dormitorio y, en ese momento, de salón. Se componía simplemente de un techo de paja en forma de libro abierto o de tienda militar que se apoyaba en el suelo, cuyo nivel había sido elevado algunas pulgadas en aquel lugar. Las partes triangulares de ambas extremidades estaban cerradas por una empalizada de chorizo, provisto de una puerta de tablones. El cuarto mediría aproximadamente tres metros de altura en su parte central, y cuatro metros de largo por tres de ancho de superficie. Todo el mobiliario consistía en algunas pieles de oveja y algunos malos pedazos de

¹⁰ Al llegar al rancho se encontró con dos de las tres mujeres de Catriel, entretenidas en la preparación de la comida: “Dos mujeres, bastante decentemente vestidas, pero descalzas como todas las indias, cualquiera sea su posición y la estación del año, estaban afanadas asando un trozo de vaca y unos alones de avestruz. Eran las mujeres del cacique. Una tendría unos treinta y cinco [¿Rafaela?] años, la otra dieciocho a veinte [Tomasita]. Parecieron un poco sorprendidas y me dirigieron unas frases, a las que como es natural sólo pude responder por intermedio de mi lenguaz”. *Ibidem.*, p. 122.

alfombra o mantas, que servían de día para sentarse y de noche para acostarse. De las vigas del techo estaba suspendida una cunita hecha con piel de ternero nonato estirada sobre un cuadro de cañas. Bridas, riendas, un freno de plata y algunos otros aperos colgaban de la pared del fondo, cuya principal decoración consistía en una mala trompeta de bronce, toda abollada, y un gran sable con empuñadura y vaina de plata, que Catriel había heredado de su padre y lucía en las grandes ocasiones.

[La comida] Para darnos el ejemplo, el jefe se sentó en cuclillas en el extremo del cuarto y nos invitó a imitarlo. Luego de hablar de bueyes perdidos, hizo traer la carne y también las alas de avestruz que las mujeres acababan de asar a la parrilla. Plantaron el asador en medio de la pieza y cada cual, sacando el cuchillo de la vaina, cortó su propia tajada y se puso a comerla a mordisco, pues allí no había tenedores ni platos. El cacique devoraba como ogro; en cuanto a nosotros no teníamos mayormente hambre, pues antes de salir del Azul habíamos almorzado; tuvimos, sin embargo, que acompañar a nuestro anfitrión y roer con él un alón de avestruz. Habíamos traído nosotros algunas golosinas, vino y licores. El indio comió de todo, y, cuando estuvo saciado, dio los restos a sus mujeres e hijos que se habían quedado en la puerta¹¹.

La visita concluyó con un paseo después de la comida al Arroyo de Nieveas, distante unos doscientos o trescientos metros del rancho, donde Catriel y Armaignac mantuvieron una entretenida conversación por espacio de una hora sin necesidad de intérprete, pues Avendaño se había quedado jugando con los niños¹². La misma giró en torno a una serie de preguntas formuladas por el cacique sobre el país de origen del visitante y sobre las condiciones del viaje por mar, puesto “que no conocía a los barcos sino de oídas”. Asimismo, se interesó de modo particular por el desarrollo de la guerra franco-prusiana, hablando sobre “el número de los combatientes, de los medios de ataque y de la defensa, etc.”¹³.

¹¹ *Ibidem*, pp. 122-124.

¹² “Delante de todos, el cacique fingía ignorar el español y, aunque hablara sin tropiezos esa lengua, se hacía traducir mis respuestas al idioma pampa cuando Avendaño o alguna otra persona estaban presentes”. *Ibidem*, p. 123.

¹³ “Acabó preguntándome sobre mis viajes, y pareció sorprenderle que tuviera yo algún gusto a interés en visitar su tribu. Me invitó, si yo quería, a hacer una larga excursión por el desierto, prometiéndome darme una escolta de indios para que me acompañase”. *Ibidem*, p. 124.

Por último, Claudio E. Aquerreta, uno de sus modernos biógrafos, desde las fuentes contemporáneas de información, resume en estas palabras los rasgos fundamentales de la particular y rica personalidad del nuevo cacique:

Era un hermoso tipo de indio, de regular estatura, de arrogante personalidad, generoso, leal... [con] ciertos rasgos de paternalismo [hacia los suyos]... Fue exigente ante la capacitación y organización guerrera de su gente de pelea, a la que sometía a permanente entrenamientos que él personalmente dirigía y repetía con insistencia hasta lograr su aprobación definitiva. Fue inflexible ante la palabra empeñada y exigía tanto de sí como de la otra parte el cumplimiento estricto de lo pactado; aunque siempre, como casi la totalidad de los pampas, actuaba con recelo. Poseía autoridad sin imposición ni arbitrariedad; entre los suyos fue preocupado por su bienestar y mostrarse consejero y defensor... Cipriano actuaba con equilibrada sensatez para juzgar la conducta de los suyos y para no comprometerse ante las autoridades; ciertos procedimientos los disimulaba con frases oportunas y evasivas; pero ante la evidencia irrefutable no trepidaba en hacer justicia, reafirmando la palabra empeñada. Cipriano poseía una férrea disposición para asimilar normas de la civilización, que hasta con fervor podríamos decir, trató de inculcar entre los suyos¹⁴. Vestía tipo hombre de campo: chambergo, pañuelo al cuello, bombachas, botas duras de cuero, faja “pampa”, “corralera”, y hasta poncho; en actos protocolares supo vestir uniforme militar. Muy comilón, gustaba de preferencia mate y la ginebra (no la cerveza, como por ahí se ha dicho). Propenso a engordar con suma facilidad, pese a su permanente actividad... Habitó en Azul, casa de ladrillo y barro, techos de zinc, pisos de tierra apisonada, dormía sobre cama con elementos para uso de la misma. Esta casa aún se conserva en Azul, ubicada a una siete cuadras de la plaza principal y los azuleños, con lógicos anhelos, desean se la declare monumento histórico¹⁵.

¹⁴ El autor se pregunta, atinadamente: “¿Heredado de su padre?... ¿Fue por convicción o conveniencia?”. Confirma estas disposiciones Florencio del Mármol, “El Cacique General Cipriano Catriel, pasaba ciertas épocas del año en el pueblo del Azul, viviendo la vida civilizada. Allí tenía una casa de su propiedad, a cuya puerta no faltaba la volanta americana, también de su propiedad, y en la cual hacía sus marchas en campaña; allí tenía sus amigos; sus diversiones, su sastré y su sombrero”. FLORENCIO DEL MÁRMOL, *Noticias y Documentos sobre la Revolución de Septiembre de 1874*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1876, p. 234.

¹⁵ CLAUDIO E. AQUERRETA, *op.cit.*, pp. 69-70. Lamentablemente no se ha cumplido con este deseo. Más de la mitad dicha casa, cita en las calles Colón y Corrientes, que era en ochava, ha sido demolida en su mayoría, para dar lugar a la edificación de una casa de planta baja y primer piso.

Como puede verse, coexistían en él, como bien apunta G. Hernández Cuadrado, dos mundos diametralmente opuestos en aquel entonces: por una parte, la frontera que anuncia el avance de la civilización, con la instalación el hombre blanco que él tiende a imitar en muchos aspectos (presentándose como modelo ante su propia gente); y por otra, más allá, el desierto bravío, la barbarie, la sangre india que corre por sus venas, con el permanente reclamo de sus ancestros¹⁶.

En cuanto a su vida privada y familiar fue calmo y sobrio. Se le conocieron, como a su padre, tres esposas: Eufemia, Rafaela Burgos y Lorenza Toribio. Tempranamente mostró sincera disposición hacia el cristianismo, al punto que hizo bautizar, en 1871–73, a algunos de sus hijos: Cipriano, Ignacio (hijo de Lorenza) y Tomasa¹⁷; y, en 1874, admitió en la tribu, tanto en Nievas como en Villa Fidelidad, la presencia de dos misioneros lazaristas, Jorge María Salvaire y Fernando Meister, quienes pudieron con libertad ejercer su ministerio evangelizador¹⁸.

Además, el cacique inculcó a los suyos la práctica de la agricultura, mediante el sembrado de parcelas de maíz y cebada, para consumo de las tolderías y de sus numerosas caballadas, a las que los indios cuidaban con sumo esmero. Dada su práctica diplomática desde sus tiempos de mozo, entendía y hablaba con bastante corrección el castellano, pero sólo lo evidenciaba en oportunidades de conveniencia.

Sobre esta propiedad, Aquerreta agrega: «El cacique..., en los primeros tiempos, alquiló esta casa a su dueña, doña Gregoria Villafañe de Aguilar; luego optó por comprarla; el pago fue en dinero y de contado; muerto el cacique, quedó viviendo en ella su hijo Cipriano, quien la heredó en juicio sucesorio como único heredero universal”. *Ibidem*, p. 71. El cacique, asimismo, tenía casa en la toldería del Arroyo de Nievas, pero de adobe.

¹⁶ *San Cipriano Catriel*, p. 41.

¹⁷ Estos bautismos figuran debidamente registrados en la Parroquia “Ntra. Sra. Del Rosario” de Azul (hoy Iglesia Catedral).

¹⁸ Incluso, antes de entrar en contacto con ellos, había conocido durante el cacicazgo de su padre a otros misioneros, pues la tribu había sido visitada, sin mayores éxitos, por otros sacerdotes, además de los párrocos del Azul. El P. Simón Guimón, bayonés, lo había hecho en 1859, con el propósito de entablar negociaciones para dar comienzo a una misión estable; y el P. Pedro María Pellaci, franciscano, inspector de los Colegios de Propaganda Fide, en 1861, con la misma finalidad. Por aquel entonces la respuesta del viejo cacique había sido evasiva. Véase, JUAN GUILLERMO DURÁN, *En los Toldos de Catriel y Bragado. La obra misionera del P. Jorge María Salvaire en Azul y Bragado, (1874-1876)*, Buenos Aires 2002, pp. 153-395.

No obstante, su inclinación a las costumbres cristianas, permaneció analfabeto, sirviéndose para escribir la correspondencia de su habitual secretario y lenguaraz, Santiago Avendaño, que presentaremos a continuación. Como no aprendió ni siquiera a dibujar su firma, para autenticar los escritos utilizó un sello personal, de tinta o lacre, con su nombre y apellido, acompañado en algunas oportunidades por una particular rúbrica. Aceptó normas de protocolo y ceremonial. Empleó marca para el ganado (la misma de su padre); y en los últimos años, hizo uso de un carruaje (breck o volanta, obsequio del gobierno) para movilizarse con mayor comodidad, pues presentaba dificultades para montar a caballo en razón de su gordura¹⁹.

NOMBRADO CACIQUE PRINCIPAL

En lo referente a su actuación diplomática y política con respecto al gobierno y a los demás indios, pueden destacarse los siguientes hechos. Tanto Juan Calfucurá, como las autoridades (nacionales y provinciales), realizaron continuos esfuerzos por alcanzar su alianza y amistad. Sometido permanentemente a ambos frentes de presión, demostró saber moverse con cautela, dando repetidas muestras de lealtad a Buenos Aires. Pero al no poseer el ingenio y la perspicacia de su padre (al decir del coronel Álvaro Barros) se dejó “engatusar”, sobre todo en lo referente a las relaciones con los indios vecinos o subordinados (Calfuquir, Manuel Grande, Ramón López, Cachul, Chipitruz, Maica, Quentrel, etc.). Hasta el punto de convertirse en el juego de las intrigas de los jefes militares de frontera, pues mucho pensaban que ya había llegado el momento de fijar el traslado de ésta hasta las márgenes mismas del Río Negro, dejando la retaguardia desierta de tribus indias, las cuales irían desapareciendo como

¹⁹ “Dado que su físico llegó a ser tan corpulento que aplastaba un caballo con su peso y despachaba limpiamente a un hombre de un lanzazo, llegó en cierta época a montar no sin esfuerzo, además de lo difícil que era lograr caballo apto para soportar tal peso y rendir las exigencias que el jinete solía imponer a su corcel... Pese a todo, en los actos oficiales y las tolderías cuando las exigencias lo requerían, Catriel concurría montado sobre su caballo”. CLAUDIO E. AQUERRETA, *op.cit.*, p. 71.

consecuencia de las acciones punitivas y de las discordias sembradas “ex profeso” entre ellas²⁰.

Muestra de esta nefasta política, de la cual Cipriano terminó por convertirse en víctima constante, fue su nombramiento como cacique principal de todos los indios pampas amigos de los cristianos. Esto ocurrió a principios de octubre de 1872, siendo comandante de la frontera sur, el coronel Francisco de Elía, quien celebró con el cacique un acuerdo o convenio para poner fin al alarmante auge del cuatrерismo, practicado por algunos indios amigos bajo la forma de pequeños malones, creando con ello constantes inseguridades para los temerosos pobladores de la campaña del Azul y zonas adyacentes. Por el mismo se pretendía, además, aglutinar bajo un único mando a todas las tribus pampas radicadas en la zona, como modo de ejercer sobre ellas un poderoso medio de control y contención. Dicho acuerdo se realizó en el transcurso de una reunión mantenida con los jefes indígenas de los toldos vecinos al Azul, siendo aprobados por unanimidad siete artículos o cláusulas cuyo contenido pasamos a mencionar brevemente.

En primer lugar, todos los presentes resolvieron “de conformidad general” nombrar como “jefe principal” a Catriel, y considerar desde ese momento como rebeldes y enemigos del gobierno de la Nación a todos los indios que no se sometieran pacíficamente al supremo cacicazgo catrielero (art. 1)²¹. Estipulándose, además, que los caciques en cuestión debían cooperar gustosos a la defensa de la frontera, dispuestos a prestar los auxilios a su alcance al jefe militar de la misma, cuando éste lo solicitara. La comandancia, a su vez, quedaba comprometida a proporcionarle a Catriel el necesario apoyo moral y militar para cumplir con sus funciones, especialmente en orden a someter a los caciques que no aprobasen el pacto convenido (art. 3). Pudiendo ser éstos capturados y castigados de acuerdo

²⁰ MEINRADO HUX, *op.cit.*, p. 95.

²¹ ABELARDO LEVAGGI, *Paz en la frontera. Historia de la relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI-XIX)*, Buenos Aires, Ed. del Museo Social Argentino, 2000, pp. 442-448. Por aclamación general, el cacique Calfuquir fue nombrado “segundo jefe” (art. 2).

con su culpabilidad, al igual que todos los indios que causasen graves perjuicios a los intereses fronterizos (art. 5)²².

Por su parte, los jefes indígenas asumían la responsabilidad de repeler cualquier invasión proveniente del desierto (art. 3). Mientras Catriel, por su parte, se obligaba a colaborar con la autoridad civil en la represión del cuatrismo, denunciando y entregando al juez de paz a los indios autores de tal delito (art. 6). Al mismo tiempo, el “cacique mayor”, en uso de las prerrogativas específicas del cargo, se hacía responsable a convocar una reunión o junta general de toda la indiada, para el próximo 11 de octubre, con la finalidad de proclamar los puntos acordados y fijar los medios convenientes para proceder al rápido sometimiento de los dos caciques sublevados, Manuel Grande y Ramón López (art. 7).

Por último, mediante el art. 4, todos los caciques reafirmaban en éstos términos la unánime decisión de someterse a la autoridad superior de Catriel con todas las consecuencias que la misma implicaba, sobre todo la diferenciación con la pretendida hegemonía de Calfucurá:

Convinieron también que el cacique Catriel investirá la autoridad de cacique principal de todos los indios (por corresponderle el derecho de reinado), desde el fallecimiento de su padre Juan Catriel; habiendo sido reconocido por tal, a excepción de Manuel Grande, Ramón López, Cachul y Chipitruz, que anteriormente han pertenecido a Calfucurá, pero desde esta fecha quedan bajo las inmediatas órdenes de Catriel, como todos los demás. Y que en cualquier ocurrencia debe entenderse directamente con el comandante general de la Frontera, prohibiendo a todos los caciques hacerlo parcialmente²³.

PARTICIPA EN LA BATALLA DE SAN CARLOS

Desde la firma de este acuerdo con el comandante de Elía, Cipriano vio de repente robustecida su autoridad, pero al mismo tiempo quedó comprometido ante los ojos de las indiadas vencidas y del mismo Calfucurá. Dando, una vez más, sobrada muestra de su aspiración suprema de

²² Es decir, robos de haciendas, venta de cueros, hostilidades a los pobladores, tratativas con tribus enemigas, etc.

²³ CLAUDIO E. AQUEERETA, *op.cit.*, pp. 32-33.

concentrar bajo su mando, como cacique general, a todas las parcialidades cercanas a los cristianos, unificándolas férreamente, para diferenciarlas y oponerlas a la confederación de tribus que acaudillaba el jefe salinero, comprometida en el enriquecimiento mediante la venta de ganado robado en territorio argentino a los terratenientes chilenos, negocio permitido o tolerado por las autoridades trasandinas.

Asimismo, Cipriano participó en la épica batalla de San Carlos de Bolívar, junto al general Ignacio Rivas, el 8 de marzo de 1872, donde fue vencido el gran Juan Calfucurá (el “Atila de las Pampas”), quien derrotado (en su propio “Waterloo”) debió escapar hacia el Carhué y Salinas Grandes, dando así comienzo el ocaso de su gloriosa y temible hegemonía. El heroico Cipriano tomó parte en el combate con 1.000 de sus indios; a los que sumaron unos 150 del cacique Coliqueo. Actuaron en la vanguardia de toda la línea, en el ala izquierda del ejército, distinguiéndose, tanto el cacique como los suyos, por su extremado arrojo y valor, según los informes remitidos por Rivas a Buenos Aires. No recibiendo el cacique a cambio, ni felicitación, ni recompensa inmediata alguna, destinada a reconocer su valerosa intervención²⁴.

No obstante ello, a principios de enero de 1873 realizó un nuevo convenio de cooperación con Rivas, como modo de afianzar su lealtad, en vista a colaborar con sus huestes en orden a repeler eventuales invasiones salineras. Compromiso que mantuvo firme incluso frente a los apremios ejercidos por el sucesor de Calfucurá, Manuel Namuncurá, quien mantuvo los mismos ideales de su padre: política de independencia, resistencia al sometimiento violento y empleo de los malones como factor permanente de presión ante el gobierno.

²⁴ Para ilustrar los detalles de este hecho nada mejor que leer el informe del combate, elevado a la superioridad por el general Ignacio Rivas: *Parte del Combate de San Carlos (Blanca Grande, Marzo 11 de 1872)*, en: JUAN CARLOS WALTHER, *La Conquista del Desierto*, Círculo Militar, Buenos Aires 1964, pp. 785-790 (copiado de la “Memoria de Guerra y Marina”, año 1872, pp. 123-133).

SANTIAGO AVENDAÑO, EL FIEL SECRETARIO

Antes de referirnos a las circunstancias que llevaron a Cipriano a sumarse a los “mitristas”, corresponde acercarnos a la persona de su fiel amigo, que terminó compartiendo con él la misma muerte²⁵.

Al parecer, Avendaño era nativo de San Juan, nacido el 24 de julio de 1834. Fueron sus padres Domingo Avendaño (sanjuanino) y Felipa Lefevre (mendocina), quienes más tarde se radicaron con sus cinco hijos en un campo situado al sur de la provincia de Santa Fe. De ese lugar, cuya ubicación precisa se desconoce, Santiago, el menor de ellos, pronto a cumplir ocho años, fue arrebatado por un malón ranquelino, el 15 de marzo de 1842, que lo arrastró hasta la zona de Toay (La Pampa), terminando en poder del cacique Caniú y su familia que le prodigaron trato filial.

A los doce años, al gozar de cierta independencia en calidad de boyero, al cuidado de un rodeo de vacas lecheras y algunas tropillas, comenzó a madurar el deseo de fugarse para reencontrarse con su propia familia. Plan que finalmente pudo concretar, el 1° de noviembre de 1849, gracias a la colaboración que les prestó el coronel Manuel Baigorria, por entonces refugiado entre los indios, quien le señaló la ruta escapatoria más segura, emprender marcha forzada a caballo en dirección a San Luis. En siete días, tras haber sufrido sed, cansancio e incontables angustias por los peligros que tuvo que sortear, arribó felizmente a la capital puntana. Tras reparador descanso y contando con la ayuda necesaria viajó en galera a Buenos Aires, a donde arribó el 28 de diciembre de 1849, alentando el propósito de continuar con las averiguaciones que le permitieran dar con el paradero de sus familiares.

²⁵ No resulta fácil trazar una semblanza de Avendaño, pues quienes lo han intentado, en los diccionarios biográficos (E. Udaondo, D. Abad de Santillán, R. Piccirilli, V. Cutolo), aportan datos confusos y hasta contradictorios desde el punto de vista cronológico. En este sentido, parece más seguro seguir la información que brindan, MEINRADO HUX, *op.cit.*, (ver nota siguiente); GUILLERMO PALOMBO, *Santiago Avendaño (1834-1874). Una vida entre la civilización y la barbarie*, en “Revista Militar”, N° 705, Buenos Aires 1981, pp. 63-69; y ALBERTO SARRAMONE, *op.cit.*, pp. 203-209.

Al dejar San Luis, el mismo Gobernador lo proveyó de una elogiosa carta de recomendación para Juan Manuel de Rosas, quien lo recibió personalmente el 1° de enero de 1850, sumamente interesado en conocer los pormenores del cautiverio y fuga, facilitándole los medios que le permitieron reencontrarse primero con un hermano que vivía en Buenos Aires y después con los padres, afincados en la Guardia de Luján (hoy Mercedes). Contando ya con quince años se propuso estudiar, acudiendo para ello al colegio que funcionaba en el Convento de San Francisco, a dos cuadras de la Plaza de Mayo, tal vez con la intención de abrazar en algún momento la vida religiosa, según los había prometido a la Virgen en el transcurso de su azarosa fuga de las tolдерías.

Pero todo se interrumpió de golpe al caer en mano de la policía por no asistir a la parada militar del 25 de Mayo de 1851, obligación grave en un escolar de la época. Fue llevado por orden de Rosas al Cuartel de Palermo, donde según propia confesión sufrió indecibles sufrimientos a lo largo de un año, al punto de considerar aquella detención como un “segundo cautiverio”. Del cual logró liberarse tan sólo después de la Batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, junto con otros detenidos.

ESCRIBE SUS RECUERDOS DEL CAUTIVERIO

Cuatro años después de la fuga, Avendaño se convierte en autor de un valiosísimo relato sobre la vida en las tolдерías ranquelinas, fruto de su estadía forzosa en aquellos parajes, conocido como *Memorias de Santiago Avendaño*, escrito a partir de 1854²⁶. El título puede inducir a confusión al lector desprevenido, quien corre el peligro de otorgarle un significado ajeno al propósito del autor. Bajo ningún aspecto, pretendió

²⁶ En el mes de junio de 1987, encontré el manuscrito entre los papeles que forman parte de la *Carpeta Indios*, perteneciente al archivo personal de Estanislao Zeballos, que se conserva en el “Complejo Museográfico Enrique Udaondo” de Luján (Archivo Estanislao Zeballos). Como en ese momento me encontraba comprometido en otro proyecto de investigación, decidí comunicarle la noticia al P. Meinrado Hux, interesado en el tema, quien doce años más tarde publicó el manuscrito bajo el título, *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, Buenos Aires, 1999.

presentar en estas páginas su “autobiografía”, narrando las diversas secuencias que conforman su dramática y agitada existencia²⁷. El propósito fue otro, si bien incluye por cierto la preocupación autobiográfica, que por momentos pasa a primer plano. Por propia confesión sabemos que se decidió a escribir al comprobar que algunas personas habían publicado opiniones distorsionadas o directamente falsas sobre los indios de la pampa, las cuales debían ser rectificadas en honor mismo de la verdad; y en beneficio de algún proyecto del gobierno tendiente a introducir entre ellos los beneficios de la civilización.

A este propósito, por cierto, nadie mejor que él para escribir sobre cosas de indios en razón del propio cautiverio padecido entre los ranqueles, hecho que se prolongó por casi ocho años, hasta la fuga en noviembre de 1849. El tiempo pasado en las tolderías le permitió adquirir un profundo conocimiento de la idiosincrasia de los indígenas y de sus historias, tanto de las más antiguas como de las contemporáneas, cuya comprensión lo llevó a poder desentrañar paulatinamente la interdependencia entre las mismas tribus y las complicadas relaciones con los cristianos. Incluso tuvo oportunidad de conocer a los grandes caciques y capitanejos de la época, fuentes valiosas de información, y a muchos cristianos refugiados, como el caso del coronel Manuel Baigorria.

Asimismo, a causa de la integración inmediata al toldo del capitanejo Caniú o Papagayo, donde encontró una madre sustituta en la persona de su esposa Pichi Quintui, se convirtió en testigo ocular privilegiado del transcurrir de la vida cotidiana en los lejanos toldos ranquelinos —organización, costumbres, ritos, ceremonias, comportamientos—, posibilitándole aquella dura convivencia el pronto aprendizaje de la lengua, adquisición que más tarde le permitió ejercer el oficio de avezado intérprete.

²⁷ Cuya secuencia es la siguiente: infancia en el campo santafecino (1834–1842), cautiverio entre los ranqueles y huida a San Luis (1842–1849), permanencia en Buenos Aires como soldado de Rosas (segundo cautiverio, 1850–1852), radicación en Azul, secretario del cacique Cipriano Catriel, intendente de indios, hacendado en Tapalqué, etc. (1852–1870...). Avendaño anticipó dos capítulos del relato en “La Revista de Buenos Aires”: *Fuga de un cautivo de los indios, narrado por él mismo*, 1867, pp. 357 ss. y pp. 511 ss.; y *La muerte del cacique Painé por testigo ocular*, 1868, pp. 69–74.

Precisamente la condición de excautivo es la que le permite escribir sobre los indios, a la distancia de varios años, desde una perspectiva distinta y autorizada. No como lo hicieron aquellos que lo precedieron en el intento, sólo en base a cosas oídas, deducidas, o peor, fabuladas, dando lugar así a la divulgación de un relato “adulterado, incompleto y deficiente” de la vida humana tierra adentro, que llevaba al engaño y a la fantasía. Al contrario, en su caso todo resulta creíble y fidedigno, pues se limita a dejar constancia escrita de cuanto pudo averiguar sobre el “carácter, leyes y costumbres” de los indígenas, enriqueciendo el relato con la propia experiencia alcanzada. He aquí el valor y la significación particular del aporte de Avendaño al conocimiento del mundo indígena de su tiempo. Al mismo tiempo, el conocimiento de la lengua indígena, aprendida durante los años de su cautiverio, le permitió escribir un diccionario araucano-español, que años después utilizó Estanislao Zeballos en la redacción de sus obras.

INTÉRPRETE EN MISIONES DIPLOMÁTICAS

De allí en más, según sus cartas²⁸, llevó una vida relativamente tranquila, encontrando ocupación “a gusto” al conseguir ser nombrado, mediante diploma, “Intérprete de la provincia de Buenos Aires” con el cometido de favorecer las gestiones de paz entre el gobierno y los caciques, y entre los jefes militares y las embajadas que provenían de las tolдерías, terminándose de radicar en Azul, comandancia de la frontera sur-oeste.

En 1852, afrontó su primera misión diplomática, ante la noticia que Calfucurá, tras la derrota de Rosas, su aliado, preparaba un gran malón sobre la provincia de Buenos Aires. El 18 de abril, el coronel Hilario Lagos, lo envió a Salinas Grandes, acompañado de otro excautivo de los indios, el coronel Eugenio del Busto, con el fin de entablar tratativas de

²⁸ Algunas de esas cartas, junto con otros papeles referidos al trato con los indígenas, formaron parte del archivo personal de Estanislao Zeballos, antes mencionado. Al respecto, véase, JUAN GUILLERMO DURÁN, *Namuncurá y Zeballos. El archivo del cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*, Buenos Aires, EDUCA, 2006, pp. 261-278.

paz con el cacique, al que desafortunadamente no encontraron, pues en esos momentos amenazaba a la población de Bahía Blanca para liberar a su hijo mayor, el cacique Millaqueo, su sucesor en el cacicazgo, retenido en el lugar, a quien en realidad ya habían matado.

Meses después Avendaño emprendió por segunda vez un viaje a Salinas Grandes en busca de alcanzar la frustrada entrevista con Calfucurá, pero ahora en un contexto político distinto, pues había ocurrido la Revolución del 11 de septiembre de 1852, por la cual la provincia de Buenos Aires se constituyó en Estado independiente de la Confederación. A la que siguió el levantamiento del coronel Hilario Lagos contra Valentín Alsina, quien presidía el nuevo gobierno, al que acompañaron algunos jefes militares azuleños con el fin de poner sitio a Buenos Aires, como los coroneles Pedro Rosas y Belgrano y Eugenio del Busto.

En estas difíciles circunstancias Avendaño acompañó una nueva embajada oficial a los toldos salineros con el cometido de alcanzar de Calfucurá el reconocimiento del nuevo gobierno. La ausencia de éste, en razón de haber lanzado un nuevo malón en dirección a Bahía Blanca, motivó que la comisión en cuestión permaneciera varios meses en las tolde-rías en calidad de rehenes hasta tanto se consiguiera de Buenos Aires el firme compromiso de no invadir territorio indígena. Convenio que se alcanzó gracias a las gestiones del coronel Federico Olivencia. Pero en la práctica careció de interés para Calfucurá, pues al regresar Avendaño y la embajada a Azul se encontraron con la novedad que tanto Rosas y Belgrano como Olivencia, viejos amigos del los indios, se habían pasado a las filas del general Justo José de Urquiza; y desde ese momento el astuto cacique y su indiada se plegaron a la política del Jefe de la Confederación, abandonando posibles alianzas con Buenos Aires, quien no quiso forzar ninguna adhesión por las armas.

Desde ese momento Avendaño se afincó en Tandil, dedicándose a las tareas rurales, pero atento a las repercusiones de la política en los deslindes de la frontera, siempre dispuesto a colaborar en tareas de pacificación y acercamiento. Al punto, que el 5 de marzo de 1856 se encontró en Azul con el gobernador de Buenos Aires al que ofreció nuevamente sus

servicios, ocasión en que recibió un segundo diploma de “Intérprete del Estado de Buenos Aires”; y en calidad de tal, participó en los tratados de paz entre el comandante Manuel de Escalada y los caciques Juan Catriel y Juan Manuel Cachul que concluyeron en 1857.

En ese mismo año, Avendaño se incorporó transitoriamente a la milicia, primero en calidad de alférez y después de Teniente Segundo, en el primera división del Ejército de Operaciones Sur, al mando del general Manuel Escalada y el coronel Nicolás Granada, que se desplazó hasta la zona del arroyo Pigué, asumiendo las funciones de intérprete y jefe de baqueanos. Pero al convencerse que las negociaciones de paz de Calfucurá con Buenos Aires no prosperarían, al pasarse éste a la filas de Urquiza, desilusionado pidió la baja, el 15 de septiembre de 1859, dedicándose desde entonces a la ganadería en campos cercanos a Azul. En esta época contrajo matrimonio en Buenos Aires con Genoveva Montenegro, hermana de Juan Montenegro, el primer biógrafo de Cipriano Catriel²⁹, unión de la cual nacieron varios hijos.

Todavía en alguna otra ocasión asumió su acendrada vocación de intérprete, sobre todo con la intención de colaborar en la política de acercamiento con el esquivo Calfucurá, receloso de entablar negociaciones con el gobierno de Buenos Aires. En 1866, acompañó de cerca las infructuosas gestiones iniciadas por el coronel Benito Machado; y en 1868 fue llamado por el coronel Álvaro Barros para que lo ayudara en tal sentido, si bien la relación terminó distanciándolos por no compartir los mismos criterios en las tratativas y, sobre todo, por el descrédito que recibió de este jefe militar, quien llegó a denigrarlo al sostener en forma pública que los propósitos del lenguaraz Avendaño ocultaban manifiesta traición a la política gubernamental.

El último cargo que desempeñó, antes de su violenta muerte, fue la de “Intendente de los indios de Azul”, por nombramiento que recibió del presidente Domingo F. Sarmiento, en 1871, con el expreso encargo de fa-

²⁹ *Recuerdos Históricos. La Revolución del 74. Interesantes documentos*, en “El Imparcial”, Azul, 9-13 de noviembre de 1907; y *Folletín. Historia del Azul. Datos ilustrativos. La guerra con los indios*, *ibid* 5, 7, 8, 9, 10 de abril de 1908.

cilitar las relaciones con ellos y controlar la entrega de provisiones. Como escribe M. Hux, “su cargo era de mucha importancia y lo desempeñó a conciencia. Defendía los derechos de los indios y refrenaba a los indios que cometían atropellos a las propiedades de los blancos”, evitando robos, despojos y represalias injustas³⁰. Desde entonces Avendaño puso su confianza en el nuevo comandante de la frontera sud, el general Ignacio Rivas, que ya portaba los laureles de haber derrotado a Calfucurá en la batalla de San Carlos de Bolívar, y que terminaría por comprometerlo a él y a su amigo Cipriano en la nefasta Revolución de 1874, preludio de la trágica muerte de ambos.

LOS CATRIELEROS SE SUMAN AL PRONUNCIAMIENTO MITRISTA

Como lo expresamos en su momento, Cipriano Catriel no escapó al juego de los acontecimientos políticos de su época, llevando a la tribu a su fatal ruina. En concreto, debido a los consejos interesados del general Rivas, se vio implicado en la revolución de septiembre de 1874, luchando con sus indios a favor del general Bartolomé Mitre, contra el gobierno de Buenos Aires. Derrotado éste en el combate de La Verde, a principios de noviembre, Catriel huyó rumbo a sus toldos en busca de refugio. Pero detenido por las fuerzas leales al presidente Sarmiento (ejército nacional), fue apresado, junto con su secretario Santiago Avendaño, siendo cruelmente ejecutado a lanzazos y degollado en Olavarría, el 19 de noviembre de aquel año, por su propios hermanos, Juan José y Marcelino, según refieren testigos contemporáneos, versión impugnada luego por la tradición oral de la tribu que se resistió a confirmar la consumación del fratricidio.

LA PROCLAMA REVOLUCIONARIA

¿Pero cómo ocurrió en concreto tan fatídico hecho? La causa desencadenante fue la participación activa de Cipriano en la mencionada revolución. Al respecto, resumamos cuanto ya sabemos; y ampliemos la

³⁰ *Memorias del ex cautivo... op.cit.*, pp. 13-14.

información en la medida que resulte necesaria. El presidente Domingo F. Sarmiento, al momento de ventilarse la cuestión de su sucesor, promovió decididamente la candidatura de su ministro Nicolás Avellaneda, frente a las pretensiones de Adolfo Alsina (partido autonomista) y Bartolomé Mitre (partido nacionalista), aspirantes también a ocupar la presidencia de la Nación. Sin embargo, con el correr de los meses, Alsina y Avellaneda celebraron un acuerdo para apoyarse mutuamente, fusionando sus nombres en una sola fórmula, presidida por este último. Las elecciones se llevaron a cabo el 12 de abril de 1874, dando lugar al amplio triunfo de Avellaneda (fórmula Nicolás Avellaneda-Mariano Acosta) sobre su único contrincante, Mitre (fórmula Bartolomé Mitre-Juan E. Torrent)³¹; siendo el 6 de agosto proclamado por la asamblea legislativa electo presidente de la República.

Los adversarios, no conformes con el resultado, terminaron por acusar a las autoridades provinciales y nacionales de práctica de fraude electoral con la intención de querer instaurar un gobierno “de hecho”. Y decidieron organizar una revolución que debía estallar el 12 de octubre próximo, para impedir que el presidente electo asumiera el cargo. Pero los acontecimientos se precipitaron y el movimiento armado abortó el 24 de septiembre (18 días antes que Sarmiento dejara la presidencia) con la partida precipitada de Mitre a Montevideo, desde donde lanzó su célebre proclama revolucionaria. De inmediato se pronunciaron a su favor los generales José Miguel Arredondo (Villa Mercedes, San Luis) e Ignacio Rivas (Azul, Buenos Aires), que tenían a su mando tropas del ejército nacional, y el general Manuel Taboada, dueño de la situación de Santiago del Estero.

³¹ La misma se realizó de acuerdo con el voto indirecto, correspondiendo a Avellaneda 145 electores sobre un total de 224 de que se formaba el colegio electoral, sufragando 79 por el general Mitre. Respondían a Avellaneda los electores de todas las provincias, con excepción de los de Buenos Aires, San Juan y Santiago del Estero, que se inclinaron por Mitre. Véase, ISMAEL BUCICH ESCOBAR, *Vida de Nicolás Avellaneda*, Buenos Aires 1926, 43-56; MIGUEL ÁNGEL SCENNA, “1874. Mitre contra Avellaneda”, en: *Todo es Historia*, N° 167, Buenos Aires 1981, pp. 8-45; MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, *Bartolomé Mitre. Biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1998, pp. 409-438; CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (h), *Nicolás Avellaneda. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 2001, pp. 181-218.

Los revolucionarios dispusieron desde un comienzo de considerable fuerza militar. Arredondo anunció su marcha sobre Cuyo con 3.600 soldados de línea; y Rivas consiguió levantar en la campaña sur de Buenos Aires 4.500 hombres, a los que se incorporaron paulatinamente ciudadanos armados, hasta totalizar unos 10.000 combatientes. El presidente Sarmiento, para contrarrestar estas fuerzas, organizó dos cuerpos de ejército: uno en Buenos Aires, al mando del coronel Luis María Campos; y otro en el interior, bajo las órdenes del coronel Julio A. Roca, movilizándolo al mismo tiempo las milicias de toda la República.

El gobierno de Buenos Aires, a su vez, procedió a organizar la Guardia Nacional para apoyar las defensas. Ante medida tan firme, se postergó la toma armada de Buenos Aires, pudiendo Avellaneda asumir la presidencia y nombrar como ministro de Guerra y Marina a Adolfo Alsina, conformándose los revolucionarios con organizar operaciones estratégicas en distintos lugares lejanos de la capital. El general Mitre desembarcó en la costa bonaerense, en Tuyú, el 26 de octubre, para ponerse al frente de la revolución; y a su paso las poblaciones y la campaña se levantaron en armas a su favor, pues su prestigio era notable en la provincia entera. Entonces todo hizo pensar en la proximidad de hechos desgraciados y sangrientos. El ambiente estaba saturado de enconos y prevenciones irreductibles, los ánimos enardecidos; y la dirigencia política, implicada en uno u otro bando, parecía no poder sustraerse al poderoso influjo de las pasiones y los intereses en juego.

SE SUMAN LAS HUESTES DE CATRIEL

Para nuestro propósito debemos destacar que con la decisión de Rivas de apoyar a Mitre, la suerte de Catriel quedó jugada desde un comienzo. El jefe militar no titubeó en solicitar su cooperación, que sabía segura en razón de los lazos de amistad que lo unían a su persona y a la del caudillo político. La respuesta no se hizo esperar: también él y sus indios lucharían por el triunfo de la nueva causa revolucionaria, que según le explicaban

resultaba justa y saldría triunfante³². Sin embargo, la determinación debió responder más bien al sentirse comprometido con su ex jefe de San Carlos, que por razonamiento político alguno; o porque buscaba alcanzar nuevas glorias como las conquistadas en los combates de Burgos y Bolívar.

Entonces el comandante general de la Frontera Sud se puso en marcha rumbo a Tapalqué-Las Flores con unos 3.500 hombres, columna a la que se sumó Catriel, el 21 de octubre, al frente de 1.500 lanzas³³, encaminándose el contingente en busca de Mitre que había anunciado su desembarco en el Tuyú (proveniente de Montevideo) para asumir el mando del ejército revolucionario. Pero con el correr de los días una serie de factores adversos terminaron por entibiar la fervorosa adhesión inicial de los catrieleros, dando como resultado la desertión de 400 de ellos, que regresaron a sus toldos, viéndose así disminuido sensiblemente el apoyo indígena.

Entre los factores determinantes del abandono figuraban: el carácter penoso de la travesía (cansancio, falta de alimentos, condiciones climáticas adversas), la cercana presencia de los gubernistas (desplegando continuas hostilidades), las versiones contradictorias sobre una retirada general de suyo riesgosa e inútil, el férreo mando de Rivas, etc.

³² Sobre la lealtad personal y la capacidad militar de sus huestes, el entonces coronel Ignacio Rivas escribe al ministro de Guerra, Martín de Gainza: “Su contingente es activo y perfectamente decidido a favor del gobierno; y creo que es de suma conveniencia conservarlo... Este cacique ha militarizado admirablemente su tribu y quedo seguro de que prestarán, tanto en ésta, como en aquella frontera (la de Blanca Grande) muy buenos servicios” (agosto de 1871); “La decisión del indio es abierta y su lealtad a toda prueba: él nada excusa y puedo acreditarlo así, no sólo conmigo sino con el gobierno” (febrero de 1872). Véase, CLAUDIO E. AQUEERETA, *op.cit.*, p. 36.

³³ Al respecto el *Diario de la campaña de Estanislao S. Zeballos*, señala un dato interesante: “Esta columna entraba al campamento formada en filas de 16 hombres, y a su cabeza Cipriano Catriel, en traje de general, puesta en su frente una vincha colorada con estrellas blancas, poncho pampa en el brazo, montando un caballo tordillo de sobrepaso adornado con lujosas prendas de plata, y seguido de su volanta escoltada por 40 tiradores. Luego venía una banda de clarines, dos banderas argentinas de raso, y por último la columna, guardando toda la buena formación y disciplina que su jefe había sabido introducir en su tribu”. FLORENCIO DEL MÁRMOL, *Noticias y documentos sobre la Revolución Mitrista de 1874*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1876, p. 138.

Por el momento los sublevados, no obstante las numerosas adhesiones recogidas a su paso, creyeron conveniente replegarse, a la espera del momento oportuno para agilizar el desplazamiento hacia Buenos Aires, prestándose sólo a enfrentar pequeñas acciones armadas. Primero lo hicieron rumbo a Tandil; luego hacia Azul y Olavarría. Algunos escuadrones de indios aparecieron el 15 de noviembre, ya de regreso, en las proximidades de esta última población, sonando para Catriel la hora de su aciago destino.

Los pronósticos halagüeños sobre el porvenir de la intentona revolucionaria se fueron desvaneciendo día a día, pues los insurrectos fueron batidos sucesivamente. El coronel Julio A. Roca, jefe de la frontera cordobesa, derrotó al general Arredondo en el combate de Santa Rosa, librado en la provincia de Mendoza, el 7 de noviembre; y el general Mitre lo fue finalmente en La Verde (entre 25 de Mayo y Chivilcoy), el 26 de noviembre, por las tropas del coronel José Inocencio Arias. De este modo, con la detención y castigo de los principales cabecillas, incluido Mitre, que capituló en Junín, el presidente Avellaneda, demostrando ejemplar magnanimidad en el triunfo, pudo entregarse de lleno a cumplir con su programa de gobierno. Y antes de terminar el año 1874 la República quedó pacificada³⁴.

DETENCIÓN DE CATRIEL

Volvamos ahora a ocuparnos de Catriel, prestando atención a la actitud que asumieron frente a él, primero Mitre, y después los jefes militares vencedores, pues todos ellos de algún modo contribuyeron con su conducta a crear las condiciones que facilitaron el posterior asesinato. La idea sostenida por Mitre, desde el encuentro en Los Médanos, fue que los catrieleros debían abandonar la campaña y quedarse en Olavarría o Nieves a la espera de novedades. La presencia de indios en las filas del ejército no haría más que crear entre los partidarios intranquilidad y resquemores in-

³⁴ *Memoria de Guerra y Marina, 1874-1875*, p. 61 ss. Véase, RAMÓN R. CAPDEVILLA, *Tapalqué en la Historia*, II, Tapalqué 1983, pp. 83-89; MEINRADO HUX, *op.cit.*, pp. 104-105.

necesarios. Por lo tanto, Catriel ya no fue de la partida una vez que el jefe revolucionario dejó Olavarría ante la cercanía de las fuerzas gubernamentales. Con tal determinación, el noble cacique se vio impelido a dar el primer paso hacia el desgraciado desenlace de su azarosa vida³⁵.

Abandonado por Mitre, ante la proximidad del ejército nacional, sin posibilidad alguna de huir a Salinas Grandes, pues Manuel Namuncurá era su enemigo, al igual que Pincén, optó por no dejar su terruño y acampar a una legua de la población, en el paraje Quentrel, sobre el Cerro Negro, junto con su fiel secretario Santiago Avendaño, las familias (unas 12 personas) y los últimos adeptos³⁶. Agregándose al grupo 32 vecinos “mitristas” del Azul y Tapalqué. Entre ellos, los estancieros Belisario Zapata y Serapio Rosas, éste con su hijo.

Una vez instalados en Olavarría, los jefes leales, Hilario Lagos y Julio Campos, intimaron al cacique a la inmediata rendición mediante el envío al campamento indígena de un parlamentario, el capitanejo Mariano Moreno, quien debía además comunicarle que ya no era más el “cacique general”, pues por orden militar había sido reemplazado en el cargo por su hermano Juan José³⁷. Cipriano, en un arrebató de ira, no ofreció más

³⁵ El 17 de noviembre Mitre llegó con su ejército a Olavarría, desde el Tordillo, acompañado de Catriel y los suyos. Pero ante el avance de las tropas leales al gobierno, al mando del coronel Julio Lagos, decidió por seguridad levantar campamento y abandonar el lugar, no permitiendo ya que el cacique lo acompañara en su desplazamiento hacia el sur. Por tal motivo, Guillermo Cuadrado Hernández afirma con toda razón: “Pero [al dejar Olavarría] no lo acompañó Cipriano, pues se ve obligado a quedarse allí, a instancias del propio Mitre quien, desde su incorporación en los Médanos, se había propuesto separarlo de su columna. Ello va a constituir como el primer paso en el camino que lo conduciría al martirio, por el fervor puesto en la causa cristiana, o, mejor dicho, por la que se juegan Mitre y Rivas. GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *op.cit.* p. 52.

³⁶ Algunos autores que han tratado el tema son de la opinión que la presencia de Cipriano Catriel en Olavarría, al igual que su posterior permanencia, obedece ante todo a una pelea sostenida con su hermano Juan José durante uno de los enfrentamientos mantenido en Las Flores con los efectivos leales al gobierno. Para ello se basan, ante todo, en las declaraciones del teniente coronel Hilario Lagos registradas en las *Memorias de Juan Montenegro*, primer biógrafo de Cipriano Catriel, publicadas en “El Imparcial” de Azul, el 9 de abril de 1908. Véase, MEINRADO HUX, *op.cit.*, p. 180.

³⁷ Según algunos testimonios, estos mismos jefes militares, poco antes, despacharon al capitán Rufino Solano para que se entrevistase con Juan José Catriel, a fin de atraerlo a las filas

respuesta que dar la orden, al trompa Martín Sosa, de estaquear y proceder al inmediato degüello del mencionado parlamentario, diciendo que él “no era un traidor”. Mandato que éste cumplió al instante y sin vacilar³⁸.

Con esta desatinada acción, el cacique no hizo más que precipitar los pasos hacia su desgraciado y próximo fin. En presencia del sangriento hecho los indios sublevados, bajo las órdenes de un capitanejo de nombre Peralta, reaccionaron violentamente con la intención evidente de darle muerte. Ante el intento de asesinato ofreció tenaz resistencia, defendiéndose como león acorralado. Lanza en ristre, seguido de sus fieles y últimos seguidores, ocupó un potrero de césped cercano con la intención de buscar una trinchera y protegerse de las hostilidades de los amotinados, hasta tanto pudiera sostener un abierto contra ataque. Esta fue la situación hasta media tarde³⁹.

En tales circunstancias, a la hora de ponerse el sol, llegó al lugar el capitán Pablo Vargas⁴⁰, acompañados de un grupo de guardias nacionales y algunos indios (en total 200 hombres), con la orden de intimarle la rendición en nombre del comandante Hilario Lagos, jefe de la vanguardia

gubernistas, asegurándole que la revolución había fracasado. Al respecto, G. Cuadrado Hernández, añade un comentario por demás sugerente: “A Juan José, que simula haber sido engañado por Cipriano y formula protestas de fe alsinistas, le asalta inmediatamente en su espíritu la idea de la traición y accede incorporarse a las fuerzas oficiales. En la madrugada del 18 de noviembre sondea a la indiada, incitándola a sublevarse contra su jefe, afirmando que convenía entregarse y ser al menos perdonados y dejados en libertad, pues Cipriano de no rendirse quedaría sólo y sería sacado del medio... De tal suerte, el Judas redivivo induce a la tribu a someterse a Lagos... Juan José completa su felonía informando dónde se encuentra su hermano y hacia allí se destaca el capitanejo Mariano Moreno para intimarlo a deponer sus lanzas, como su hermano”. GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *op.cit.* p. 53.

³⁸ Claudio E. Aquerreta transcribe algunos párrafos del oficio que desde Olavarría, con fecha 19 de noviembre de 1874, escribe el comandante Hilario Lagos, al coronel Julio Campos, con motivo del hecho que relatamos (CLAUDIO E. AQUERRETA, *op.cit.*, pp. 41-42).

³⁹ Que el propósito de los sitiadores era matar a los atrincherados lo demuestra el hecho que Serapio Rosas al tratar de huir (posiblemente en busca de ayuda) fue ultimado sin más trámites, lo mismo que su hijo, estudiante de abogacía, al intentar defenderlo. Véase, FLORENCIO DEL MÁRMOL, *op.cit.*, p. 229.

⁴⁰ Dionisio Schoo Lastra le dedica a este oficial uno de los capítulos de *La Lanza Rota*, de donde tomamos la siguiente información (Buenos Aires 1960, pp. 75-83).

del ejército nacional. Al mismo tiempo que ofrecerle a los indios atrincherados la gracia del perdón y la libertad a quien lo hiriera o matara, en caso de no verificarse de inmediato la obediencia requerida⁴¹.

Frente a la presencia de Vargas, antiguo compañero de armas en San Carlos de Bolívar, al aguerrido cacique depuso la actitud y se entregó con la esperanza del buen tratamiento para él y sus acompañantes, a la espera que su vida fuera respetada, como luego ocurrió en el caso de los jefes militares que capitularon en Junín. Desde ese momento, quedó detenido en calidad de prisionero de las fuerzas gubernistas, y llevado con el grupo de seguidores a Olavarría para comparecer ante el coronel Julio Campos⁴².

SE SELLA SU SUERTE

¿Qué sucedió en realidad después de la detención? En este punto difieren las interpretaciones⁴³. Pero de los datos más seguros podemos obtener el siguiente cuadro. Los seguidores del cacique —indios y pobladores— fueron repartidos como prisioneros en varios cuerpos del ejército acantonado en Olavarría y tratados con cierta consideración. En cambio, Cipriano, Avendaño y el trompa Martín Sosa fueron puestos en un cepo de lazo, a la intemperie día y noche, a la espera de someterlos a

⁴¹ JULIO A. COSTA, *Roca y Tejedor*, Buenos Aires, Mario, 1927, pp. 35-38. Cuadrado Hernández afirma que en ese mismo momento estaba presente Juan José Catriel, junto al capitán Vargas: “El mismo Juan José, en un descuido, se acerca por la espalda de su hermano y le arranca las presillas de oro del uniforme que viste”. GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *op.cit.* p. 54. A su vez, la tropa recién llegada (soldados e indios) despoja de sus mejores prendas a todos los prisioneros, incluso a los difuntos Rosas.

⁴² En nota del 18 de noviembre el coronel Campos comunicó al ministro Alsina la detención de los sublevados, señalando: “V.E. ordenará lo que he de hacer con los prisioneros cuya llegada espero... En primera oportunidad los remitiré a Bs.As.” MEINRADO HUX, *op.cit.*, p. 182. Como se desprende de la misma, el jefe militar no pensaba, en un primer momento, practicar el juicio en Olavarría (consejo de guerra).

⁴³ Véase, JULIO A. COSTA, *op.cit.*, pp. 31, 39-46; DIONISIO SCHOO LASTRA, *El Indio del Desierto*, Buenos Aires, Editorial y Librería Goncourt, 1957, p. 156; R. CAPDEVILLA, *op.cit.*, II, pp. 89-90; JOSÉ ARENA, *Ensayo histórico sobre el Partido de Olavarría*, Olavarría 1967, 286-288; GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *op.cit.* pp. 52-54; CLAUDIO E. AQUEERETA, *op.cit.*, pp. 40-43; MEINRADO HUX, *op.cit.*, pp. 181-184; y ALBERTO SARRAMONE, *op.cit.*, pp. 265-270.

un consejo de guerra. Entre tanto, el coronel Campos le envió una nota al ministro de Guerra, Adolfo Alsina, para poner en su conocimiento un reclamo presentado, al comandante Hilario Lagos, por parte de los indios leales al gobierno, dispuestos a juzgar a su antiguo cacique según las usanzas de la tribu. De su lectura se desprende que desde ese momento, ahora por un camino impensado, el propuesto por sus propios súbditos, la suerte de Cipriano quedó sellada. La nota dice así:

“[Lagos] le ha manifestado que los indios piden se les entregue a Catriel, al lenguaraz Avendaño y a su trompa de órdenes, para juzgarlos según sus costumbres particulares, no considerándose seguros con sus vidas y haciendas mientras subsista este bárbaro monstruo de la Pampa, aliado al rebelde ex senador y brigadier general Mitre, que los tenía dominados por el temor de sus crueldades, y mi opinión es que Catriel si ha de ser juzgado, debe serlo por los indios, pues es práctica que así se haga, entregándose los criminales a los caciques de la tribu para que ellos procedan según sus usos”⁴⁴.

En esta delicada circunstancia, las opiniones de los jefes militares presentes en el lugar se dividieron. El parecer del coronel Julio Campos, favorable a la entrega, fue compartido por otros oficiales. En cambio, el coronel José Ignacio Garmendia, jefe del estado mayor de una de las divisiones, se opuso ante el temor que la tribu pudiera cometer con los prisioneros algún acto “desdoroso”, pues se pretendía castigarlos por el delito de traición o deslealtad para con el gobierno nacional, al que decían haberse plegado bajo presión y engaño. La entrega en tales condiciones suponía correr un alto riesgo. De hecho la tribu no tenía competencia alguna en dicha materia y con facilidad podían encubrirse, bajo el manto de la justicia indígena, motivos personales o grupales (antiguos recelos, desconfianzas, agravios, odios) que no harían más que patentizar la crueldad de la venganza. Los sucesos posteriores demostrarían que los recelos del coronel eran bien fundados⁴⁵.

⁴⁴ FLORENCIO DEL MÁRMOL, *op.cit.*, p. 232; GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *op.cit.*, p. 54.

⁴⁵ El subteniente Julio A. Costa, abanderado del 1º Batallón del 8º Regimiento de Línea, testigo ocular de los hechos, sostiene abiertamente que la causa principal de la muerte de Cipriano fue la traición de su propio hermano, Juan José, quien víctima de la “pasión verdi-negra de la envidia” azuzó a la indiada para saldar así cobardemente antiguos rencores y satisfacer sus actuales avideces

Al parecer, según testimonios recogidos en el lugar, Alsina ordenó dejar en libertad a Cipriano y sus dos compañeros, quedando éstos en condiciones de volver a las tolderías para continuar colaborando con el gobierno en la defensa de la frontera contra los malones⁴⁶. ¿Fue realmente así? ¿Cumplieron los jefes militares al pie de la letra la orden del ministro? ¿O bien celebraron un consejo de guerra, condenaron a los prisioneros, y luego los pusieron al alcance de los indios para que los ajusticiaran, librándose así de toda responsabilidad en el macabro hecho? ¿O, al contrario, puede pensarse que éstos terminaron por ceder ante el persistente reclamo de los indios, quienes, puestos los “mitristas” en libertad, los mataron con impunidad, encargándose de hacer justicia por sus propias manos, movidos ante todo por los deseos de revancha?

VÍCTIMA DE LA JUSTICIA INDIA

Con estas preguntas tocamos por cierto el meollo de la cuestión referida a la muerte de Catriel y sus dos compañeros de desgracia (su secretario y su trompa de órdenes). El asesinato, porque de eso en verdad se trata, ocurrió en Olavarría el 19 de noviembre de 1874, a media ma-

de liderazgo: “Les mostró –escribe– como la Revolución estaba perdida, como no hacían sino huir el combate desde que salieron de la costa del arroyo de Nievas, sin tener tiempo ni para asar los cogotes de yegua, ni a veces de chuparles la sangre, porque ya estaba el enemigo encima con sus cañones y sus remingtons que mataban a larga distancia; les mostró que iban a ser fusilados por haberse alzado estando al servicio del gobierno en cuanto los tomasen, lo cual no tardaría mucho, y que les convenía más entregarse y ser al menos perdonados y dejados en libertad. Que, si el cacique Cipriano no quería entregarse, se quedaría solo, y entre todos lo sacarían de en medio y se salvarían. Que degollarían también a Zapata y a don Serapio Rosas y su hijo, que tenían plata, y al comisario pagador, que les estaba pagando y que llevaba mucho en la valija, y los robarían y se harían ricos. Así los indujo a mandarle dos parlamentarios al cacique, que para Juan José iban en fija, porque si se entregaba lo asesinarían y si no se entregaba lo matarían. Efectivamente, iban en fija”. JULIO A. COSTA, *op.cit.*, pp. 32-33.

⁴⁶ Nos referimos a las declaraciones del recién mencionado militar, quien con otros compañeros escuchó decir: “que por orden del ministro de Guerra y Marina, Dr. Alsina, cumplida por el jefe del Ejército, coronel Campos, se ponía en libertad a los indios y a su cacique, Cipriano Catriel, que no eran de la línea del Ejército de la Nación y se habían sometido a la autoridad del gobierno, para que volvieran a sus hogares y siguieran defendiendo de los indios malones la frontera, que había quedado sola, con la fidelidad y el valor con que siempre lo habían hecho. *Ibidem*, pp. 38-39.

ña. Según los testimonios que se conservan, fueron ultimados al dejar la prisión y recobrar la libertad: para algunos en la misma población, para otros, camino a las tolдерías.⁴⁷ ¿Cómo ocurrió el hecho? Entre las diversas versiones, optamos por transcribir la de José Arenas, quien después del cuidadoso estudio de las fuentes y de la tradición oral (dentro y fuera de la tribu), afirma:

Al producirse la revolución de 1874, tomó parte del lado de los revolucionarios. Ahí se produjo el desencuentro con su hermano Juan José, quien consigue arrastrar consigo a la mayor parte de la tribu. Cipriano ante la impotencia se entrega. “Su creencia era que al entregar su lanza, lo hacía capitulando y que su vida sería respetada como la de los que capitularon en Junín, los jefes de la revolución: Mitre, Rivas, Machado, Calvete, Ocampo, Ramos Mejía, Quiroga, Leyría, Palacios y todos los militares derrotados en La Verde”. Palabras que tomamos de un autor anónimo. Pero no ocurrió así. Cipriano marchó en calidad de preso y a pedido de su hermano Juan José, el coronel Luis María Campos se lo entregó para juzgarlo. Todas las referencias coinciden en que fue lanceado en la quinta de Guerrero, actual Club Estudiantes [Olavarría]. Aún maniatado luchó ferozmente en defensa de su vida recriminando a sus hermanos de raza el acto de cobardía que cometían. No obstante manar abundante sangre de sus heridas, logra romper sus ligaduras y quiebra algunas lanzas que llegaron a su cuerpo indefenso; arrebató una y logra herir a algunos verdugos⁴⁸.

A su vez, Arenas reproduce un fragmento del diario *La Prensa* de Buenos Aires (año 1875), en apoyo de sus informaciones: “Después que fue militarmente vencido el movimiento revolucionario de 1874 —en La Verde, provincia de Buenos Aires y en Santa Rosa, Mendoza— el coronel de las fuerzas gubernistas, Hilario Lagos, detuvo en el partido bonaerense de Olavarría al cacique Cipriano Catriel. Este jefe indígena fue aliado de las autoridades nacionales en varias acciones contra las tribus de la pampa y, además, colaboró con las fuerzas del general Rivas en varias campañas civilizadoras; pero en la revolución fue aliado del general Mitre. Por eso

⁴⁷ A. Sarramone, entre otros, ofrece algunos de estos testimonios: José I. Garmendia, Jorge Reyes, Antonio del Valle, Julio Costa, etc. ALBERTO SARRAMONE, *op.cit.*, pp. 265 ss.

⁴⁸ *Ensayo histórico del Partido de Olavarría*, p. 287.

el coronel Lagos lo entregó al jefe de gubernistas quien, a su vez, lo pasó a las tribus enemigas (del prisionero) para que los juzgaran de acuerdo a sus bárbaras costumbres. Y esas tribus lo mataron a lanzazos, lo mismo que al señor Avendaño, que lo acompañaba”. Y agrega a título de justificación: “Hemos transcrito este artículo porque dada la fecha en que fue escrito, reciente la muerte de Cipriano Catriel, confirma las distintas versiones sobre su muerte”⁴⁹.

TESTIGOS OCULARES

Afortunadamente contamos con alguna referencia de testigos oculares que en razón de formar parte del ejército gubernista escucharon los entretelones de la entrega o presenciaron la ejecución. Tal es el caso de los subtenientes Julio A. Costa y Jorge Reyes, y del alférez Domingo Güemes, testimonios que a continuación se transcriben.

El subteniente Costa, abanderado del 1º Batallón del 8º Regimiento de Línea, sostiene abiertamente que la causa principal de la muerte de Cipriano fue la traición de su propio hermano, Juan José, quien víctima de la “pasión verdi-negra de la envidia” azuzó a la indiada para saldar así cobardemente antiguos rencores y satisfacer sus actuales avideces de liderazgo:

Les mostró —escribe— como la Revolución estaba perdida, como no hacían sino huir el combate desde que salieron de la costa del arroyo de Nievas, sin tener tiempo ni para asar los cogotes de yegua, ni a veces de chuparles la sangre, porque ya estaba el enemigo encima con sus cañones y sus remingtons que mataban a larga distancia; les mostró que iban a ser fusilados por haberse alzado estando al servicio del gobierno en cuanto los tomasen, lo cual no tardaría mucho, y que les convenía más entregarse y ser al menos perdonados y dejados en libertad. Que, si el cacique Cipriano no quería entregarse, se quedaría solo, y entre todos lo sacarían de en medio y se salvarían. Que degollarían también a Zapata y a don Serapio Rosas y su hijo, que tenían plata, y al comisario pagador, que les estaba pagando y que llevaba mucho en la valija,

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 287-288.

y los robarían y se harían ricos. Así los indujo a mandarle dos parlamentarios al cacique, que para Juan José iban en fija, porque si se entregaba lo asesinarían y si no se entregaba lo matarían. Efectivamente, iban en fija⁵⁰.

A su vez, el subteniente Jorge Reyes, perteneciente al 2º Batallón del Regimiento III de Guardias Nacionales, al mando del teniente coronel Manuel Rocha, atestigua que Cipriano y Avendaño fueron lanzados y de inmediato degollados, sin miramiento alguno, el 19 de diciembre, a media mañana, recayendo la culpabilidad del doble asesinato en Juan José Catriel:

A las 9 hs..., al ser sacados los presos de las guardias respectivas, Catriel y Avendaño vinieron a encontrarse frente a la Guardia de mi Batallón, como a una distancia de ochenta metros. Los dos grupos [de indios a caballos y armados con lanzas] echaron pie a tierra y mataron a lanza a Catriel y su secretario degollándolos inmediatamente. Esto fue tan rápido que no dio tiempo a ninguna intervención de las fuerzas que en ese momento se encontraban formadas, haciendo el relevo de las guardias. El que mandaba las fuerzas de los indios era Juan José Catriel, quien degolló a su hermano⁵¹.

Por último, el alférez Güemes, ayudante del coronel Garmendia, se convirtió en testigo circunstancial al regresar de una comisión en Olavarría y presenciar el momento mismo del ajusticiamiento, al que considera una muestra de salvajismo, sin ocultar por ello su poca simpatía hacia las víctimas, a las que denigra gratuitamente, al considerarlas los más grandes bandidos de la pampa. He aquí el párrafo de la carta a sus familiares de Salta que nos interesa reproducir en este momento, transcrita en su totalidad en el apéndice documental que figura al final del presente trabajo⁵²:

⁵⁰ *Roca y Tejedor*, 32-33.

⁵¹ *Fojas de servicio del coronel Don Jorge Reyes*, Buenos Aires, 1928, p. 48.

⁵² Un enjuiciamiento tan severo y carente de fundamento sólo puede atribuirse a la inexperiencia del joven alférez, que por entonces contaba con 20 años. Por la misma razón, al final de la carta, en un agregado posterior, tiene que desdecirse de los durísimos calificativos que propina a Bartolomé Mitre, cuando para dejar expresa constancia de su imprudencia juvenil, escribe: "Retiro los conceptos ofensivos al Gral. Mitre que contiene esta carta de muchacho". Creemos que lo mismo cabía decir de Cipriano y Avendaño.

Como a las 12 del día [14 de noviembre] se nos presentaron cerca de 1.000 indios, que encabezados por Juan José Catriel, se habían sublevado contra el General y Jefe de la tribu [Cipriano] Catriel (hermano de Juan José) y lo traían prisionero. Al día siguiente volvimos hacia el “Azul” donde llegamos después de dos días de marcha. Allí acampamos tres o cuatro días, hasta hacer descansar las caballadas, proveernos [fol. 5v] de todo lo necesario para continuar la persecución. Al cabo de esos cuatro días, seguimos de nuevo hacia “Olavarría”, donde tuvo lugar el lanzamiento de [Cipriano] Catriel. Todos los indios, y su nuevo Jefe, el hermano de Catriel [Juan José], pidieron a [Julio] Campos se los entregara a aquél y al Consejero [Santiago] Avendaño para lanzarlos. Como el único medio de conservar a los indios de nuestra parte, era accediendo a sus exigencias, y como [Cipriano] Catriel y su Consejero merecían bien la muerte, Campos se los entregó.

Yo presencié ese bárbaro espectáculo de una manera casual. Venía del pueblito [Olavarría] al Campamento cuando vi que los indios armados de sus chuzas, forman cuadro, galopaban y hacían [fol. 6r] mil evoluciones. Me aproximé, y vi a Catriel y Avendaño a pie en el centro. Catriel se paseaba envuelto en una manta azul y echando una mirada terrible sobre los indios; el bandido Avendaño temblaba y suplicaba que no lo mataran; pero los indios echaron pie a tierra y los atravesaron a lanzasos. Catriel, cuando le tiraron el primer lanzaso, tiró la manta hacia atrás, y quitó la lanza que le dirigían al pecho; pero al mismo tiempo le clavaron otra en la espalda y cayó echando una maldición a los indios. Así concluyeron Catriel y su Consejero, los dos bandidos más sanguinarios y crueles de la pampa⁵³.

RESPONSABILIDADES COMPARTIDAS

Ante el hecho consumado, por cierto de manera tan dramática y salvaje⁵⁴, corresponde que nos preguntemos: ¿Responsabilidad militar? ¿Complot? ¿Fratricidio? ¿Carga compartida? Las opiniones de quienes se han ocupado del tema difieren; y hasta ahora la muerte no ha sido debidamente

⁵³ Fols. 5r-6r. Archivo de la familia Güemes. Mi agradecimiento a Francisco Lanusse Güemes (Paco) por haberme provisto de una fotocopia de la carta.

⁵⁴ Algunas versiones sostienen que al cacique (tras los 36 lanzazos recibidos de parte de sus enfurecidos ex subordinados), su hermano Juan José, blandiendo su puñal, le separó de un solo golpe la cabeza del tronco del cadáver, arrojándola a una zanja, donde luego también arrojó el cuerpo; corriendo idéntica suerte Avendaño, primero muerto por las lanzas y luego degollado. FLORENCIO DEL MÁRMOL, *op.cit.*, p. 233-235; JULIO A. COSTA, *op.cit.*, pp 39-46.

aclarada, al menos en todos y cada uno de sus detalles más relevantes. De nuestra parte, creemos que el estado actual de la documentación todavía no permite conocer suficientemente los entretelones del suceso (intereses en juego, intrigas, confabulaciones, sed de venganza, etc.), al punto de poder emitir un juicio definitivo que venga a cerrar la totalidad de la discusión.

Pero al momento de repartir culpabilidades, sopesando cuanto hemos leído al respecto, nos inclinamos a pensar en la existencia de responsabilidades mutuas, como lógica consecuencia de acciones que comprometieron a ambas partes⁵⁵. En un intento de síntesis argumentativa, se podrían invocar tres causas determinantes, según se acepte una u otra hipótesis:

- 1º) En el caso de la entrega sin más (independiente de la decisión de Alsina de otorgarle la libertad), los jefes militares del lugar (Olavarría) no podían bajo ningún aspecto acceder al reclamo, por más que los indios invocaran la deslealtad al gobierno o las injurias recibidas a causa de su despótico mando. En este sentido fue un acto de debilidad o un complot.
- 2º) Al revés, en la presunción que el cacique, beneficiado por el indulto de Alsina, hubiese dejado la prisión, llama la atención la falta de recaudos o precauciones (al menos suficientes) tomados por la autoridad militar local, sabiendo que su vida corría serio peligro frente al posible desborde de la indiada, como en su momento lo había advertido el coronel Garmendia, circunstancia que los atacantes supieron aprovechar oportunamente. En este sentido lo dejaron expuesto a crueles represalias, incluido el mismo asesinato, como fatalmente ocurrió,
- 3º) Pero, a su vez, debemos convenir que los indios en ninguno de los casos podían aprovechar la ocasión de la detención para ejer-

⁵⁵ Cabe preguntarse qué instancias judiciales correspondía aplicar, a tenor de la jurisprudencia de la época, en tal circunstancia. Al parecer una de estas dos: ponerlos a disposición de la justicia militar, en el caso de ser acusados de alzamiento o traición al gobierno nacional; o a los tribunales civiles, si se los acusaba por degüello del parlamentario Moreno. Ahora bien. Si se aceptan como ciertos los comentarios del subteniente Acosta, no correspondía de suyo aplicar ninguno de los dos procedimientos, pues Alsina los había indultado sin más, eximiéndolos de todo cargo y otorgándole la libertad.

cer justicia por propia mano, invocando para ello razones puramente internas a la tribu⁵⁶. Crimen agravado aún más por el salvajismo puesto en práctica para ultimar al cacique y a su secretario, bajo la responsabilidad inmediata de los indios y en particular de Juan José Catriel⁵⁷.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí la triste historia de Cipriano Catriel. Con él “desapareció un auténtico hijo de la pampa. Valiente astuto, inteligente y probado servidor de la empresa civilizadora”⁵⁸. Evidentemente el asesinato conmovió particularmente a los misioneros lazaristas de Azul que mencionamos en su momento, Jorge María Salvaire y Fernando Meister, cuyo trabajo en el seno de la tribu, se vio de repente dificultado en extremo, primero por el clima de perturbación que creó la revolución mitrista, no sólo en la población azuleña, sino también y de modo particular en las tolдерías, a causa de la prolongada ausencia del cacique y sus huestes, comprometidas en una campaña que se preveía sangrienta; y luego por el asesinato de éste último, que anunciaba momentos difíciles para la convivencia pacífica de la tribu, requisito indispensable para la buena marcha del emprendimiento misionero. El mismo Salvaire conmovido por la noticia, escribió en su cuaderno de apuntes estas líneas que resumen el drama:

⁵⁶ Como ser: traición a los antiguos usos culturales, colaboracionismo con los blancos, desaciertos en el gobierno, participación en acciones militares en contra de los intereses de otros indios, despotismo, castigo violento de los delitos, tendencia civilizadora extrema, etc. Sin lugar a duda, estas acusaciones estaban presentes en el ánimo de muchos indios, suscitando amargos rencores y persistentes odios, que se desataron incontenibles. En este caso correspondía la destitución del cacique mediante debido enjuiciamiento en las tolдерías de Nievas.

⁵⁷ A pesar de lo dicho y aceptado generalmente que Cipriano fue lanceado por su propia gente, los indios jamás reconocieron la imputación de fratricidio y la rechazaron violentamente, en particular los descendientes de Juan José y Marcelino Catriel. JOSÉ ARENA, *op.cit.*, pp. 284-286; en cambio, los de Cipriano sí. GUILLERMO CUADRADO HERNÁNDEZ, *op.cit.* p. 57.

⁵⁸ JOSÉ ARENA, *op.cit.*, p. 288. En cuanto a la suerte corrida por Cipriano, suscribimos la certera opinión de este autor: “Esto se comprende hoy a la distancia [que los jefes militares no debieron entregarlo a sus hermanos de raza], porque así como se respetó la vida de los otros jefes revolucionarios, debió ocurrir lo mismo con quien fue inducido a participar en el movimiento y al que se plegó, convencido que era la mejor causa”. *Ibidem*.

«El verdadero nombre indio de Cipriano Catriel, era Mariñancu, que significa “10 Águilas”. Cuentan que cuando sus indios lo lanzearon en Olavarría, resistió cinco lanzazos, sin echar ni siquiera un ¡ay!; las dos primeras lanzas que atravesaron su cuerpo, las agarró con sus manos y las rompió quedando el fierro y una parte de la caña dentro del cuerpo; y sólo cuando recibió el quinto lanzazo que le atravesó el corazón, entonces se desplomó y echó un espantoso mugido y expiró»⁵⁹.

* * *

A continuación ofrecemos la transcripción completa de la carta del alférez Domingo Güemes⁶⁰, dirigida a su padre residente en Salta, que constituye una pequeña crónica, tejida de recuerdos personales, sobre la marcha del Ejército Nacional tras los pasos de Bartolomé Mitre, desde su partida de Buenos Aires hasta el enfrentamiento de “La Verde”. Fue escrita el 23 de diciembre de 1874, una vez que el ejército gubernista regresó Buenos Aires y se procedió a licenciar la tropa, para llevar tranquilidad a la familia preocupada por tener noticias fehacientes de dos de sus hijos, Domingo y Luis, y de cuatro sobrinos (los Tedin), todos estudiantes universitarios en Buenos Aires, que se habían alistado en la patriada no bien se publicó el decreto de reclutamiento.

⁵⁹ *Apuntes del P. Jorge María Salvaire tomados en la Misión de Azul (1874-1875)*, en Archivo de la Basílica de Luján. Pedro Vignau le ha dedicado al valeroso cacique una poesía intitulada *La muerte de Catriel*, en “Romances del Tiempo Viejo”, Bolívar, Buenos Aires, 1965.

⁶⁰ Descendiente directo de la noble estirpe del general Martín Miguel de Güemes, de quien era nieto. Nació en Salta, el 4 de agosto de 1854. Hijo de Luis Güemes y Rosaura Castro. En la Universidad de Buenos Aires estudió abogacía, doctorándose en 1876. De regreso a su provincia se dedicó al ejercicio de la profesión y desempeñó algunos cargos públicos, como presidente de la Municipalidad, profesor del Colegio Nacional, ministro de Gobierno y diputado nacional. Fue fundador de la Unión Cívica en Salta. En sus últimos años, se dedicó a organizar un riquísimo archivo que contenía importante documentación de la historia salteña, particularmente relacionada con su ilustre abuelo, aporte heurístico que hizo posible la aparición de numerosas publicaciones sobre el tema, entre ellas la *Historia de Güemes y de Salta de 1810 a 1832*, escrita por Bernardo Frías (Salta 1902). Se había casado con Francisca Torino. Falleció el Buenos Aires el 2 de noviembre de 1923.

APÉNDICE DOCUMENTAL

[Fol. 1r] Buenos Aires, 23 de diciembre de 1874

Sor. Dn. Luis Güemes.

Salta

Mi querido viejito:

Hace tres días o cuatro que nos encontramos libres de los cuarteles y campamentos, disponiéndonos a tomar nuevamente los libros y a preparar nuestros exámenes para Febrero o Marzo.

Desde el 11 de Noviembre que salí de Buenos Aires no había tenido ni una sola carta de Uds., como o habrán tenido Uds. mías, después de la que les escribí con esa fecha, porque era materialmente imposible escribir ni de Buenos Aires al Ejército, ni del Ejército a Buenos Aires.

Recién en el “9 de Julio, en unos días que acampamos allí, pude conseguir escribirles. [Fol. 1v] Esa carta ya la habrán recibido, porque la despaché en los primeros días de Diciembre, el día antes de la rendición de Mitre, sino me equivoco.

De Uds. tuve cartas en Chivilcoy, cuando nos veníamos ya para Buenos Aires me las entregó Luís [Güemes]; allí nos vimos por primera vez con él. Después hemos recibido una fecha 20 y otra del 27 de Noviembre; y hoy hemos tenido otra de mi viejita de 4 del corriente. Por esta veo que ya sabían que yo había salido a campaña; pero extraño lo que me dice mi vieja que sabían esto por una carta de Miguel [Tedin] y no porque yo les haya avisado, cuando casualmente la mañana del día en que salí, les escribí diciéndoles que me iba y por qué me iba, para que no creyeran [fol. 2r] que era porque me veía obligado a ello por falta de recursos. Como es probable que esa carta se haya extraviado voy a contarles la historia de nuestra campaña.

El 24 de Septiembre proclamaron la revolución los *mitreros*: en los diarios de ese mismo día se publicó el decreto del Gobierno ordenando se presentasen a sus respectivos cuarteles todos los ciudadanos hábiles para llevar las armas. Como nosotros nos consideramos tales nos presentamos esa misma tarde, Juan María [Tedin], Hilario [Tedin], Luis y yo en un cuartel; Miguel [Tedin], Virgilio [Tedin] y Ceballos [Estanislao Zeballos] en otro. Estuvimos acuartelados en la ciudad hasta el 9 de Octubre que marchamos a Mercedes. Hilario, Luis y yo como soldados. [Fol. 2v] Juan María había sido exceptuado del servicio como

empleado de la Contaduría; Virgilio estaba de Secretario del Coronel [Luis María] Campos; Miguel exceptuado como Secretario de la Oficina de Ingenieros; y Ceballos era ya Capitán en un batallón que aún quedaba en la ciudad. Nosotros habríamos podido poner personero, pero no quisimos, no por economía, porque es claro que en estos casos no debemos tener esos miramientos, sino porque no se diga que habíamos dado personero, a pesar de que muchos otros lo hacían. Por otra Parte, Virgilio trabajaba por hacerme nombrar ayudante de la Comandancia para evitar así que fuera de soldado y porque lo nombren [fol. 3r] practicante a Luis; pero la marcha nos sorprendió antes de conseguir ninguno de esos dos nombramientos.

La noche que llegamos a Mercedes, dormimos al raso, sobre un charco de agua y bajo una tormenta furiosa, sin más abrigo que una manta que nos dieron al tiempo de marchar. Naturalmente, esta maldita noche debía causarnos impresión a los que como yo estábamos acostumbrados a no mojarnos, y mucho menos a dormir al raso y sin otro colchón que un fango de agua y barro; amanecí inmóvil de dolor en todo el cuerpo y muy resfriado. Como el tiempo seguía mal, creí más prudente venirme a Buenos Aires; pero antes que yo avisara siquiera que [fol. 3v] estaba enfermo el Capitán de mi Compañía (yo no sé como supo) pidió autorización al Comandante del Batallón, el que a su vez le pidió al coronel Luis María Campos, para mandarme a la ciudad. A las 4 de la tarde me fui al pueblito de Mercedes, y al día siguiente, a la misma hora, tomé el tren para Buenos Aires. A los dos días siguientes conseguimos el nombramiento de Luis y de Hilario para practicantes y se vinieron también.

No había querido avisarles antes que yo me vine enfermo del Ejército, porque no se afligieran; no me imaginé que D. José M. Arias fuera tan comedido. Entre los *comedimientos* de D. José Manuel, éste es el que menos le he agradecido; porque ¿a qué fin ir [fol. 4r] a intranquilizarlos con la noticia de mi enfermedad, cuando mi enfermedad no era sino un resfrío que en cuatro días de no mojarme fue a parar a los infiernos, dejándome apto para emprender de nuevo la campaña? Dejemos a D. José M. y volvamos a seguir nuestra campaña

A los pocos días se volvió Luis de practicante al Ejército, que lo alcanzó un poco más delante de Dolores. Dejo para que Luis les cuente lo demás que se refiere a este Ejército, porque no estoy bien impuesto.

El 11 de Noviembre, a las 8 de la mañana, salimos con Virgilio con rumbo a Dolores, de donde se separaron el día antes los Ejércitos de los dos Campos.

El de Julio [fol. 4v] se dirigió al Azul; el de Luis María hacía “Las Flores”. En Dolores tomamos caballos, y acompañados de varios otros oficiales y del Comandante Maldonado, seguimos al trote y galope a alcanzar al Ejército. Al tercer día, a las 8 de la noche, lo alcanzamos 8 leguas más adelante del pueblito de “Rauch”. Desde allí fui Ayudante del coronel Garmendia. A los dos días o tres llegamos al “Azul” de donde el enemigo había salido el día antes. Campamos allí esa noche, y al día siguiente seguimos a “Olavarría”, donde llegamos como a las 4 de la mañana del día siguiente, después de haber caminado el día y la noche. Allí tuvimos al enemigo [fol. 5r] a manos de tres leguas; pero abandonando sus cañones, y carros de municiones y armamentos, tomaron las de Villa Diego; y como nuestros caballos con la marcha forzada estaban inutilizados, tuvimos que quedarnos sin poder perseguir.

Como a las 12 del día se nos presentaron cerca de 1.000 indios, que encabezados por Juan José Catriel, se habían sublevado contra el General y Jefe de la tribu [Cipriano] Catriel (hermano de Juan José) y lo traían prisionero.

Al día siguiente volvimos hacia el “Azul” donde llegamos después de dos días de marcha. Allí acampamos tres o cuatro días, hasta hacer descansar las caballadas, proveernos [fol. 5v] de todo lo necesario para continuar la persecución.

Al cabo de esos cuatro días, seguimos de nuevo hacia “Olavarría”, donde tuvo lugar el lanzamiento de [Cipriano] Catriel. Todos los indios, y su nuevo Jefe, el hermano de Catriel [Juan José], pidieron a [Julio] Campos se los entregara a aquél y al Consejero [Santiago] Avendaño para lanzearlos. Como el único medio de conservar a los indios de nuestra parte, era accediendo a sus exigencias, y como [Cipriano] Catriel y su Consejero merecían bien la muerte, Campos se los entregó.

Yo presencié ese bárbaro espectáculo de una manera casual. Venía del pueblito [Olavarría] al Campamento cuando vi que los indios armados de sus chuzas, forman cuadro, galopaban y hacían [fol. 6r] mil evoluciones. Me aproximé, y vi a Catriel y Avendaño a pié en el centro. Catriel se paseaba envuelto en una manta azul y echando una mirada terrible sobre los indios; el bandido Avendaño temblaba y suplicaba que no lo mataran; pero los indios echaron pié a tierra y los atravesaron a lanzasos. Catriel, cuando le tiraron el primer lanzaso, tiró la manta hacia atrás, y quitó la lanza que le dirigían al pecho; pero al mismo tiempo

le clavaron otra en la espalda y cayó echando una maldición a los indios. Así concluyeron Catriel y su Consejero, los dos bandidos más sanguinarios y crueles de la pampa.

Al día siguiente de esto, [fol. 6v] nos pusimos en marcha la “Blanca Grande”, donde estaba Mitre. Llegamos allí después de tres o cuatro días de marcha. No encontramos en ese fuerte sino dos mujeres, dos chiquillos y dos soldados de Mitre, dementes; todas las casitas vacías, los campos llenos de papeles: era que una cuadrilla de indios había entrado, robado y llevados cautivos hombres, mujeres y niños; y los pocos que se habían escapado de caer en sus manos, andaban huyendo por los campos: todo esto es una de las obras filantrópicas del Gral. Mitre, uno de esos grandes favores que ha hecho a la República Argentina, y mediante los cuales su nombre será inmortal como el de [Cipriano] Catriel, Avendaño, Rosas y Eduardo Costa.

Al día siguiente salimos de la “Blanca Grande”, como a las [7r] tres leguas llegó un chasque anunciando la derrota de los “mitreros” en “La Verde. Después de dos o tres días de marcha por unos guadales donde diariamente se quedaban trescientos o cuatrocientos caballos empantanados y cansados, llegamos a “La Verde” donde encontramos más de 100 caballos muertos y una porción de sepulturas. Descansamos allí mismo un momento y volvimos a seguir la marcha. Al día siguiente, o a los dos días, llegamos al “9 de Julio”, donde el día siguiente de campar, recibimos la noticia de la rendición de Dn. Bartolo, de ese canalla que prefirió vivir deshonorado, a morir siquiera con gloria, peleando. Él pretende lavarse las manos diciendo que se ha rendido por evitar [fol. 7v] la efusión de sangre de los hermanos. ¡Siempre hipócrita! Si sus hechos anteriores, presentes y futuros no mostraban que ni el agua ni el vino han servido a saciar su sed, sino la sangre de los hermanos derramada cinco años en el Paraguay; y toda la vida de Mitre en todas partes de la República podríamos creerle, pero por desgracia su vida, sus inclinaciones y sus actos son bien conocidos y no nos muestran en él sino al hombre más canalla de la humanidad. ¡Y que este bandido haya tenido el atrevimiento de calumniar la memoria de un patriota que sacrificaba su vida por su patria, mientras él sacrificaba su patria a su ambición! Esto es lo que no le perdono ni le perdonaré nunca a Mitre.

[Fol. 8r] Al día siguiente de la noticia, nos pusimos en marcha hacia Chivilcoy, donde llegamos dos días después. Allí nos vimos con Luis [Güemes, el hermano] y con Hilario [Tedin]. Después de 4 o 5 días de campamento en Chivilcoy nos vinimos a Palermo. Allí estuvimos campados como otros 4 días. El

jueves 17 [de diciembre] hubo una gran parada. Desfilaron por las calles más centrales, adornados con flores, banderas, etc., más de 14 o 15 mil hombres. Hicieron un espléndido recibimiento a los Ejércitos [nacionales].

Al día siguiente nos licenciaron, y hoy ya estamos de particulares, todos reunidos con excepción de Juan María [Tedin], que sabemos está bien, y sólo muy ocupado con tantos heridos y [fol. 8v] enfermos que tenía que atender.

Virgilio [Tedin], Luis [Güemes] y yo, hemos vuelto desconocidos de gordos, quemados y sanos. Es admirable, tanto sufrir soles, lluvias, hambres, malas noches, malos alimentos, etc.; y mil y un dolor de narices hemos sentido.

Hoy les hice un telegrama avisándoles que sabíamos que Juan María [Tedin] estaba también bueno, y exigiéndoles contesten nuestros telegramas.

De regreso de la campaña encontramos a Pío Uriburu acá. Nos entregó una carta y la encomienda de los 8 cóndores [sic]. Los 1.000 pesos que debe entregar a Luis [Güemes], le dijimos [fol. 9r] que podía aún tenerlos si los necesitaba; pero él le dijo a Luis que fuera a recibirlos cuando quisiera, que los tenía a su disposición. Luis no ha ido hasta ahora, pero irá mañana o pasado.

Ayer fui llevándole la carta de Julio a Federico Puch. Me desesperó con la historia de la pobre Celia, mostrándome cartas y documentos y contándome de nuevo la historia que tantas veces me la había contado. Está monomaniaco o *nonomaniatico* como diría D. Ventura Figueroa.

Me dijo que te había escrito una carta que deseaba se la contestaras. Que en ella te hablaba sobre el asunto hijuelas, pidiéndote [rotura; fol. 9v] dando los pasos necesarios a fin de terminar cuanto antes los arreglos de la testamentaría de mi bisabuelo Puch. Que él creía ir a Salta tal vez pronto, pero por muy pocos días, y que quería en esos días que esté él allí concluir con estos asuntos.

Yo pienso ahora preparar mi examen para el 1° de Febrero, porque como ya tenía estudiado gran parte de él, no me será difícil hacerlo. Luis creo que esperará hasta el 1° de Marzo.

Ojalá esté corriente la línea del telégrafo para pasado mañana para poderla saludar a mi viejita con un telegrama. En el próximo correo le escribiré otra tan extensa como ésta, lo mismo que a [fol. 10r] Martín.

A mi tío Pío y mi tía Eulogia que no tengan ningún cuidado por Juan María (que de todos nosotros es el que ha estado más en peligro), que sabemos que

está bien, muy ocupado solamente, por que como cirujano tiene mucho que curar.

Dámeles a mis viejitos, a Aurora, Eulogita, Godo y Shiero un abrazo, y con mi vieja, hermanos y hermanitas recibe otro de tu hijo. *Domingo Güemes*. Buenos Aires, diciembre 23 de 1874.

[Agregado posterior en lápiz]

El ataque que tuve en Mercedes fue reumático. Estaba sufriendo esta enfermedad. Hacía poco que había pasado más de un mes en cama, inmóvil. Por eso regresé a Bs. As. a atenderme. El 11 de Noviembre, sintiéndome bien ya, aproveché el regreso de Virgilio [Tedin], que vino en comisión, para volver al ejército. Los dos ejércitos, uno al mando del coronel Julio Campos y el otro del coronel Luis María Campos, iban marchando juntos. Pero cuando llegamos a Rauch, sólo alcanzamos al de Julio, pues el de Luis María, al cual pertenecía yo, se había dirigido a Las Flores. Virgilio comunicó a Campos y Garmendia la situación en que me hallaba, y entonces el coronel Garmendia, me dijo que como no podía incorporarme pronto a mi batallón, me quedase a servir con él y me nombró su ayudante con grado de alférez. Retiro los conceptos ofensivos al Gral. Mitre que contiene esta carta de muchacho.